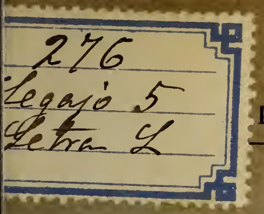


EL TEATRO.
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LAS DE REGORDETE

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

EUSEBIO SIERRA.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(*Sucesor de Hijos de A. Gullon.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.

1886.

8

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE MAYO DE 1885.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Amor conyugal	1	D. N. N.	Todo.
Baltasar y Rafael	1	Sres. Tormo y Pinedo	»
Boda y bautizo	1	D. M. Echegaray	Mitad.
Botasillas	1	Miguel Casañ	Todo.
Cómo se pasa la vida	1	Adolfo Llanos	»
El balneario	1	Eduardo Navarro	»
Futuro imperfecto	1	Cárlos Huete	»
Hidrofobomanía	1	M. Casañ	»
La trompeta	1	Adolfo Llanos	»
Los niños terribles	1	Enrique Segovia Rocaberti	»
Nos casamos	1	Adolfo Llanos	»
Reina y martir	1	F. Pí	»
Solteros entre paréntesis	1	Perrin y Palacios	»
Venganza aragonesa	1	Manuel Izquierdo	»
Caridad	2	Juan Ortiz	»
El Macareno	2	Miguel Casañ	»
Las de Miguelturra	2	Navarro	Mitad.
Andrea	3	N. N	Todo.
Carlota de Sain Albert	3	Joaquín Coello	»
Clara Sol	3	Ricardo Rodríguez	»
Don Juan Tenorio. (3.ª parte)	3	Bartrina y Arus	»
Dora	3	Javier Santero	»
Diavolín	3	Segovia y Blasco	»
El cercado ajeno	3	Federico Soler	»
El general Montleón	3	Javier Santero	»
En primera clase	3	M. Echegaray	»
La Sociedad	3	Federico Gómez	»
Lola	3	Enrique Gaspar	»
Las de Regordete	3	E. Sierra	»
Le Maitre de Jorges	3	Erckman Chatriam	»
Pedro López	3	Rafael García Santistéban	»
Teresa Raquín	3	Hermenegildo Giner	»

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Animales y plantas	1	D. E. Navarro	L.
Baños sulfurosos	1	E. Navarro	L.
De músicos y locos	1	M. Nieto	M.
El fonógrafo	1	José del Castillo	L.
El Barbián de la Persia	1	E. Navarro	L.
El puesto de las castañas	1	E. Navarro	L.
El último tranvía	1	R. Blasco	1|2 L.
Frutos... coloniales	1	Luis Arnedo	M.
La divina zarzuela	1	José del Castillo	1|2 L.
La Pilarica	1	Sres. G. Perrin y Miguel de P.	L. y M.
¡Muchacho!	1	D. A. Corsino y Suppé	L. y M.
Pintar como querer	1	Manuel Nieto	M.
¡Quién fuera ella!	1	Perrin, Palacios y Nieto	L. y M.
Cosas de Madrid	2	Arango, Asensio y Viaña	L. y M.
De Madrid á los corrales	2	Cárlos de Olona	L.
Los horrores de la guerra	2	Arango y Viaña	L. y M.
Mascarada nacional	2	Bolumar y Peidro	L. y M.
Pinafor	2	Llanos y Taboada	M. y 1|2 L.
El año de la Nanita	3	Luis M. de Larra	L.
El corazón en la mano	3	Miguel E. Tormo	L. y M.
El rey reina	3	Sres. Tormo y Nieto	L. y M.
El viaje á Suiza	3	D. M. Echegaray	1|2 L.
Graciela (ópera)	3	Francisco Javier Blasco	M.
La guerra alegre	3	Casademunt y Hanrich	L. y M.
Un regalo de boda	3	Zapata y Marqués	L. y M.

LAS DE REGORDETE.

LAS DE REGORDETE

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

EUSEBIO SIERRA.

Estrenado en el Teatro de la COMEDIA de Madrid la noche del 15 de Diciembre de 1885.



MADRID,
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, principal.

1886.

PERSONAJES.		ACTORES.
CHARITO	Sra.	Alverá.
DOÑA ESTANISLADA		Guerra.
ÁNGELA	Srta.	Rodriguez.
PEPITA		Mata (V.).
DOLORES	Sra.	Sanchez.
ROSA		Correa.
UNA VIAJERA		Urrutia.
DON FELICIANO	Sr.	García (Domingo).
MARCIAL		Guerra.
ENRIQUE		Miralles.
EL BARÓN DEL SOTO		Barceló.
SERAFIN		Manso.
JUAN		Alverá.
FRANCISCO		Torrijos.
INSPECTOR		Boto.
UN AJENTE		Capistrós.
UN VIAJERO		León.
UN CARGADOR		Bellver.

Viajeras, viajeros, cargadores, mozos de muelle, etc., etc.

Época actual.

ACTO PRIMERO.

La escena representa el despacho de una gran fábrica de cerillas. Á la derecha un escritorio con grandes libros. Á la izquierda un mostrador. Fardos por todas partes. Puertas al foro y laterales. Sillas.

ESCENA PRIMERA.

JUAN y FRANCISCO.

Juan lee un periódico, Francisco prepara y dispone paquetes de cajas de cerillas.

JUAN. No te duermas, Francisco, no te duermas, que nos queda aun muchísimo que hacer.

FRANC. Pues haga usted el favor de echar aquí una mano.

JUAN. No puedo, tengo ocupadas las dos.

FRANC. Pues yo solo no puedo hacer milagros.

JUAN. No, lo que es milagros tampoco los harías aunque yo te ayudase...

FRANC. Es verdad; pero si cada uno cumpliese con su obligación...

JUAN. ¿Qué dices, desvergonzado? ¿Vas tú por ventura á señalarme mis deberes?

FRANC. No, no, señor.

JUAN. Llevo cuarenta años en la fábrica de cerillas del señor don Feliciano Regordete... ¡cuarenta años sin cesar de trabajar! Me parece que es hora de que descanse un poquito.

FRANC. Todo lo que usted quiera.

JUAN. He asistido á la fundación de esta fábrica, cuyos productos sin rival dan hoy luz al mundo entero.

FRANC. ¿Al mundo entero? No tanto...

JUAN. Bueno, á casi todo el mundo, puesto que en la provincia de Madrid apénas se gastan más cerillas que las nuestras.

ESCENA II.

DICHOS y ENRIQUE.

ENR. ¿Don Feliciano Regordete?

JUAN. Ha salido.

ENR. ¡Cuánto lo siento! Tenía que hablarle de un negocio muy importante.

JUAN. ¿Sí? (Este debe ser un nuevo cliente.) Vamos, usted querrá cerillas.

ENR. No, señor; muchas gracias, tengo... Además, casi no las necesito porque apénas fumo.

JUAN. No, no digo eso...

ENR. Es lo mismo... Hágame usted el favor de entregar á don Feliciano esta tarjeta, y de decirle que dentro de una hora volveré...

JUAN. Si usted quiere esperarle.

ENR. No, señor... Volveré luego... ¡Adios!

ESCENA III.

JUAN y FRANCISCO, después MARCIAL.

JUAN. (Leyendo la tarjeta.) Enrique Alvarado... No he oido nunca semejante nombre.

FRANC. Ni yo... Pero, calle, ¿si será novio de alguna de las señoritas?

JUAN. No; porque la mediana, Pepita, está en casa de su tía, en Aranjuez, y Dolores la pequeña, interna en el colegio, de modo que no puede conocer á ninguna de las dos.

FRANC. Bueno; pero en esa cuenta falta una.

JUAN. Sí, Ángela, la cajera de la fábrica; pero esa no piensa más que en hacer versos, en lugar de números que es su obligación...

FRANC. Es verdad que es poetisa, y siempre anda por ahí mirando para arriba.

JUAN. Justo, como si tuviera escritos los consonantes en el cielo raso.

MARC. Con permiso... ¿Don Feliciano Regordete?

JUAN. No está.

MARC. ¿No está? ¡Mal cañonazo! Pues necesito hablarle inmediatamente.

JUAN. (Este sí que es un cliente.) ¿Quiere usted cerillas?

MARC. Bueno, sobre todo si me dá usted un cigarro antes para utilizarlas.

JUAN. No: le pregunto á usted si quiere comprar algunas docenas de cajas de cerillas...

MARC. No, señor: no me he establecido á la puerta de ningún café... Marcial Cabanzón, capitán de caballería... de reemplazo... Tome usted mi tarjeta: entréguesela usted á don Feliciano.

JUAN. Si usted le quiere esperar, puede usted sentarse.

MARC. ¿Yo? Los coraceros no nos sentamos más que en las sillas de los caballos. Entregue usted esa tarjeta pronto. Volveré dentro de una hora. ¡Mal cañonazo!... Abur. (Vase.)

JUAN. ¡Qué tipo! ¡Entregue usted pronto esa tarjeta!... Sí, facilillo es... ¡Á saber cuándo volverá don Feliciano!

FRANC. La verdad es que desde que ha regresado de Cuba no pára en la fábrica, mientras que antes de su viaje no salía de ella.

JUAN. Claro; me tiene á mí aquí, y dice: Anda, que trabaje Juan, (Se sienta.) que trabaje y reviente...

FRANC. (Sí, de gordo.)

ESCENA IV.

DICHOS y FELICIANO.

FELIC. (Dentro.) No le doy á usted ni un céntimo más.

JUAN. Ahí está, ahí está. ¡Al trabajo, Francisco, al trabajo! (Se pone á ayudarle.)

FELIC. (En el foro.) ¿Y todavía se atreve usted á pedirme propina? ¡Vaya usted al demonio! Una carrera de cuatro pasos... desde Chamberí hasta la puerta de Toledo... ¡Insolente!... ¿Qué dice usted? ¡Ah, nada! No replica, y hace bien. (Adelanta.) No se debe dar propina á esos cafres de cocheros... lo he dicho siempre.

JUAN. (Trabajando.) Mil gruesas á Toledo... quinientas á Guadalajara...

FELIC. ¡Qué trabajador! Descansa, hombre, descansa. te fatigas demasiado.

JUAN. (Limpiándose el sudor.) Lo que es hoy no he parado...

FRANC. Ni yo.

FELIC. Perfectamente, así me gusta. Anda, Francisco, vete á almorzar, y que te den todo el pan que quieras. Quiero recompensar tus afanes.

FRANC. Está muy bien. (Vase.)

ESCENA V.

FELICIANO y JUAN.

FELIC. Oye, Juan, ¿ha venido alguien á preguntar por mí?

JUAN. Sí, señor, dos caballeros. Tome usted sus tarjetas.

FELIC. «Enrique Alvarado...» no le conozco... «Marcial Cabanzón...» tampoco. ¿No dijeron lo que querían?

JUAN. No, señor: al parecer les contrarió mucho que usted no estuviera aquí, y los dos prometieron volver hoy

mismo... La verdad es, don Feliciano, y permita usted que me meta en lo que no me importa, que desde que ha regresado usted de Cuba tiene usted completamente abandonada la fábrica, y que si no fuera por mí...

FELIC. Sí, Juan, ya lo sé, y te lo agradezco; pero ¡ay! si tú supieses...

JUAN. ¿Qué?

FELIC. Nada... Pero, ¡cáspita! voy á tener confianza contigo. Tú no me harás traición. Me has visto nacer.

JUAN. Visto precisamente no; pero casi; yo estaba en la antesala cuando...

FELIC. Bueno, pues voy á probar tu discreción.

JUAN. Pruébeme usted lo que guste.

FELIC. Y te voy á abrir el pecho ..

JUAN. ¡Caracoles!

FELIC. No te alarmes: hablo en sentido figurado. Sabes que hace cuatro meses volví á la Habana, donde había pasado parte de mi juventud, con objeto de fundar allí una fábrica de cerillas por el estilo de ésta.

JUAN. Sí, señor; y por cierto que siempre me ha sorprendido que haya usted vuelto á Madrid sin dejarla funcionando.

FELIC. Pues ahora lo comprenderás. Un día iba yo de la Habana á Cienfuegos en un vapor de cabotaje. En la toldilla, y delante de mí, estaba sentada una hermosísima joven á quien yo miraba de hito en hito. Ya sabes que soy de un temperamento de fuego...

JUAN. ¿Á los cincuenta años?

FELIC. Para las mujeres, cuarenta. Pues bien: sin poderme contener, y casi sin darme cuenta de ello, me acerqué á la linda viajera y la dige no sé qué piropo... cuando de repente... ¡plón!

JUAN. ¿Le pegó á usted una bofetada?

FELIC. Peor que eso, Juan.

JUAN. Vamos, dos bofetadas.

FELIC. No, hombre, no.

JUAN. Pues ¿qué fué?

FELIC. Que estalló la caldera del buque y volamos todos por los aires.

JUAN. ¡Dios mío!

FELIC. No te extrañes: de estas cosas se ven todos los días en América.

JUAN. ¿Y qué hizo usted?

FELIC. Pues pasada la primera impresión, me así á un madero, y gané la orilla que afortunadamente estaba cerca. Pero aquí entra lo mejor: no hice más que salir cuando un caballero, que traía en brazos á mi bella desconocida, se acercó á mí, y me la entregó, desmayada por supuesto... Yo me quedé estupefacto. Figúrate, un clima ardiente, una mujer encantadora sobre mis rodillas; y yo, con un temperamento de fuego...

JUAN. Sí; pero en aquel momento debía usted estar muy mojado...

FELIC. Á pesar de eso, ardía...

JUAN. Bueno. ¿Y qué más sucedió?

FELIC. Pues que de pronto... la hermosa cubana abrió los ojos... unos ojos cargados de electricidad... los volvió á mí, y arrojándose á mi cuello, exclamó: «Me habeis salvado la vida: gracias, caballero, gracias.» Como comprenderás, no traté de sacarla de su error...

JUAN. ¡Naturalmente!

FELIC. Después de esta trágica aventura nos separamos, y cada cual siguió su viaje como pudo; pero cuando volví á la Habana, la fuí á visitar en seguida. Era viuda de un coronel, camagüeyana, y con veintidos años de edad, yo con un temperamento de fuego, excuso decirlo, me enamoré de ella como un loco.

JUAN. Pero don Feliciano...

FELIC. Un día me dijo que tenía que venir á España á arreglar no sé qué asuntos referentes á su viudedad, y no pensé más que en seguirla; por lo cual salí de la Habana diez días después que ella, encargando á un amigo de todos mis negocios.

JUAN. ¿Y la ha encontrado usted aquí?
FELIC. Ya lo creo, en cuanto llegué: vive en una casita de campo en Carabanchel, y la visito diariamente.
JUAN. Pero, ¿y qué piensa usted hacer?
FELIC. Pues nada, casarme con ella: ya se lo he propuesto.
JUAN. ¿Y ha aceptado?
FELIC. ¡Vaya! «Usted me ha salvado la vida,» me dijo, con su meloso acento cubano, «de usted es mi mano.» Por supuesto, añadió, «siempre que sea usted soltero.» «Soy viudo,» la contesté. «Bien, pero sin hijos,» replicó ella con terror. «Sin hijos,» la respondí, temiendo perderla.
JUAN. ¡Pues no es nada lo del ojo! ¿Y qué va usted á hacer de sus tres hijas?
FELIC. Pues... ¡qué sé yo!
JUAN. ¿Cómo?
FELIC. Es decir, sí, si lo sé. . Las voy á casar... Tengo un capital de ochenta mil duros; las daré veinte mil á las tres: seis mil seiscientos sesenta y seis duros y sesenta y seis centavos á cada una, y, una vez colocadas todas, me volveré á la Habana con Charito, mi cubana se llama Charito, y nos casaremos inmediatamente. Después de la boda, ya no me importará decir á Charito la verdad, porque tendrá que resignarse ¿conque qué te parece de mi plan?
JUAN. No es malo; y sin duda para ponerle en práctica ha dispuesto usted que vuelvan hoy á casa sus dos hijas Pepita y Dolores.
FELIC. Eso es: quiero hablarlas en seguida de sus matrimonios. En cuanto á Angela, estoy seguro de que hará lo que yo quiera. ¡Ah! precisamente viene aquí.
JUAN. Pues le dejo á usted sólo con ella. (La cubana... los matrimonios. Todo esto no me da buena espina.) (Vase.)

ESCENA VI.

ÁNGELA y FELICIANO.

ANGELA. (Embebida.) Mundo... Profundo... Vagamundo...

FELIC. ¡Abstraida como siempre! No deja un minuto de pensar en los negocios... Cuando me vaya la dejaré al frente de todo. ¡Ángela!

ANGELA. ¡Ay! (Asustada.)

FELIC. ¿Qué haces?

ANGELA. Busco consonante á mundo.

FELIC. Pues... cofre.

ANGELA. No es eso: busco palabras que acaben en *undo* para hacer una estrofa.

FELIC. ¿Versos? ¿Y en *undo*? ¡Yo si que te voy á hundir á tí! Á los números, Ángela, á los números.

ANGELA. Papá, la poesía es la luz.

FELIC. Pero no será luz tan buena como la que dan nuestras cerillas.

ANGELA. Oye. Estoy haciendo una invocación á la luna.

FELIC. Estará bonita.

ANGELA. (Declamando.)
«¡Oh, luna luminosa
que sigues tu carrera en lo profundo...»

FELIC. ¿Ese profundo es el cielo?

ANGELA. Naturalmente.

FELIC. ¡Caracoles, con la naturalidad!

ANGELA. «Cuando dirijo á tí la vista ansiosa...»

FELIC. Vaya, vaya, no digas sandeces, y hablemos de negocios...

ANGELA. Ahora mismo... Pasemos á la prosa de la vida; y aléjese la musa dolorida.

FELIC. Sí, que se aleje, y que haga el favor de no volver... Toma mi cartera, y pasa á los libros los apuntes... ¡Cómo! ¿Dónde está? La he perdido... ¿Si la dejaría en el coche?... Pues no me la devuelven, porque co–

mo no dí propina al cochero. ¿Ves? Por eso digo yo siempre que á los cocheros se les debe dar propina... Pues no, no la tengo...

ANGELA. Todo lo pierdes: ayer el pañuelo, hoy la cartera: andas muy distraido ¿qué te pasa?

FELIC. Nada, nada...

ANGELA. Algo si ¿á qué negarlo?

FELIC. Vaya; pues ya que te empeñas, te lo diré: me tiene muy preocupado el porvenir de tus hermanas, y el tuyo. Créeme: ansío verte casada.

ANGELA. Lo mismo me pasa á mí.

FELIC. Ángela, por Dios, no seas tan sincera.

ANGELA. No; si es que yo ansío verme casada porque te tranquilices tú.

FELIC. ¡Ah, vamos! Eso es otra cosa. Pues yo no deseo más que desembarazarme... digo, que casaros.

ANGELA. Pues por lo que á mí toca, ya sabes lo que te he dicho.

FELIC. Sí, si; recuerdo que me has hablado de un Serafin á quien has conocido en casa de Pelaez y que te hace el amor... Pero, pongamos las cosas en su punto ¿te le hace con buen fin?

ANGELA. Según me ha dicho su madre, si, señor.

FELIC. ¡Ah! Si te lo ha dicho su madre... aunque sería preferible que lo hubiese declarado él mismo.

ANGELA. Su madre me lo ha dicho en su nombre; porque él es muy corto.

FELIC. ¿De alcances?

ANGELA. No, de genio... Y además me ha prometido la buena señora que vendría hoy mismo á pedirte mi máno.

FELIC. ¡Ah! Eso me gusta... Y á tí ¿te agrada el novio?

ANGELA. Adoro su sencillez.

FELIC. Menos mal. Temi que le encontraras demasiado prosáico.

ANGELA. Y le encuentro.

FELIC. Entonces...

ANGELA. Precisamente esa condición le recomienda para ma-

rido.

FELIC. Vamos, hija mía, afortunadamente unes á la inspiración el sentido práctico.

ESCENA VII.

DICHOS y JUAN; después PEPITA y DOLORES.

JUAN. ¡Señor! ¡Don Feliciano!

FELIC. ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

JUAN. Que acaban de llegar á un mismo tiempo doña Pepita y doña Dolores.

FELIC. ¡Mis hijas!

ANGELA. ¡Mis hermanas!... ¿Dónde están?

JUAN. Hélas aquí. (Entran Pepita y Dolores con una caja con sombrero de señora.)

PEPITA. ¡Querido Papá!

DOL. ¡Ángela del alma! (Se ebrazan.)

FELIC. ¡Qué alegría volveros á ver á las tres juntas!

ANGELA. ¡Qué dulce satisfacción, inunda mi corazón, con esta grata impresión!...

FELIC. Bueno, pues, en conclusión, no toques el violón!...

PEPITA. Yo sí que estoy contenta... No creas que es nada divertido vivir en Aranjuez en compañía de una vieja regañona.

DOL. ¡Pues el colegio es lo más aburrido y lo más triste!

FELIC. Hija, es que no te llevé á él para que te divertieras... Pero os voy á dar el gran alegrón... ¿Para qué os parece que os he hecho volver á mi lado?... ¡Asombro general!.. Pues, para casaros.

PEPITA. ¡Cómo! ¿Has visto á Enrique?

DOL. ¿Te ha hablado Marcial?

FELIC. ¡Enrique! ¡Marcial! ¿Quiénes son esos caballeros?

JUAN. ¡Toma! Los que estuvieron antes á verle á usted y dejaron sus tarjetas.

FELIC. Pues, es verdad. (Saca las tarjetas.) «Enrique Alvarado.» «Marcial Cabanzón.» ¿Las conoceis vosotras?

PEPITA. Yo he bailado con Enrique en casa del inspector de policía...

FELIC. Vea usted, y dirán que la policía es inútil... No prenderá á los ladrones; pero para algo sirve.

DOL. Yo he conocido á Marcial en el colegio.

FELIC. ¡Qué? ¿Se educan en tu colegio oficiales de caballería?

DOL. No, Marcial iba allí á ver á una hermana suya, sólo que de paso me veía á mi también.

FELIC. ¿De paso? ¡Pues no está mal paso!

PEPITA. Enrique es muy elegante.

DOL. Y Marcial muy buen mozo.

PEPITA. Enrique me ha prometido que vendrá hoy á pedirte mi mano.

DOL. Y Marcial me ha jurado que solicitará hoy también la mía.

FELIC. (Me entra la fortuna por las puertas.) Pues, hijas mías, sabed que uno y otro han venido ya.

PEPITA. y DOL. ¡Ah! (Con alegría.)

FELIC. Pero que ninguno de los dos me ha encontrado en casa.

PEPITA. y DOL. ¡Ah! (Con tristeza.)

FELIC. No os apureis, hijas; volverán, al menos ambos lo han prometido así... Precisamente los estoy esperando. Y como hagan su petición en regla, y sean dignos de vosotras, os caso antes de ocho días.

PEPITA. Enrique es fiscal cesante.

FELIC. ¿Cesante? Eso es lo que no me gusta.

PEPITA. Pero espera que le coloquen pronto.

FELIC. ¿Que le coloquen pronto? Eso mismo están esperando casi todos los españoles!... Sin embargo, veremos, veremos, y como se pueda arreglar, que ya haré yo todo lo posible; ¡matrimonio en toda la línea! Porque Ángela también se casa...

PEPITA. ¿También?

DOL. ¡Cuánto me alegro!

ANGELA. ¡Tres matrimonios! ¡Qué placer! Escribiré tres epitalamios.

Felic. Eso será lo peor. (Á Juan.) ¡Qué fortuna, Juan, las tres de un golpe!... Conque, ea, á colocar vuestros equipajes...

Dol. y Pep. Si, sí...

Felic. Os acompañaré á vuestros cuartos. Ayúdanos, Juan... Hasta luego, Ángela... (Pero ¡qué suerte! ¡las tres de un golpe! Despacho hijas al por mayor con más facilidad que cajas de fósforos.) (Vánse.)

ESCENA VIII.

ÁNGELA, después CHARITO.

Angela. Trabajaré un rato. (Se sienta en el escritorio.) ¡Qué aburridos son los números para un espíritu poético! Si no me casara, habría de tratar de conciliar mis afecciones con mi obligación poniendo en verso el libro de caja.

Charito. (En el foro.) Bien... no se moleste, ya le encontraré.

Angela. Vaya, ya me he equivocado: siete y cinco trece, y cuatro diez y ocho, y seis veintitres... Ahora voy bien...

Charito. ¿La cajera, sin duda!... Dispense, señorita...

Angela. ¡Ah! (Levantándose.) ¡Señora!

Charito. Don Feliciano Regordete...

Angela. Le avisaré en seguida: haga usted el favor de sentarse.

Charito. No, es inútil; no se incomode, vengo sólo á traerle esta cartera que ha dejado olvidada en casa de una amiga mia.

Angela. ¡Ah, si! Hace un instante la echó de ménos...

Charito. Hemos visto que tiene apuntaciones comerciales, y suponiendo que le hará falta, se la he traido... como yo para ir á mi casa habia de pasar por aquí cerca, no me ha costado nada hacerle este favor.

Angela. Sin embargo, lo agradecerá mucho... Si usted quiere decirme su nombre, le pasaré recado.

Charito. ¿Para qué?

ANGELA. Porque sentirá mucho no darle á usted las gracias personalmente.

CHARITO. Como guste... Rosario Menéndez.

ANGELA. Pues haga usted el favor de esperar un instante, que en seguida vendrá mi papá.

CHARITO. (Deteniendo á Angela.) ¿Qué ha dicho?

ANGELA. Que en seguida vendrá mi papá...

CHARITO. ¡Su papá! ¿Y para qué ha de venir?

ANGELA. Pues para darla á usted las gracias, ya lo he dicho.

CHARITO. Pero don Feliciano Regordete, es?...

ANGELA. Mi padre, sí, señora.

CHARITO. ¿Su padre? ¿Está segura?

ANGELA. ¿Me pregunta usted si estoy segura de ser la hija de mi padre?

CHARITO. No, no, es que yo creia... me habian dicho... Pero desde el momento en que usted... Nada, nada, hágame el obsequio de avisar á su padre.

ANGELA. (Esta señora no tiene la cabeza sana.) (Vase.)

ESCENA IX.

CHARITO, después FELICIANO.

CHARITO. ¡Una hija! ¡Tiene una hija! Luego me engañaba el infame... ¡Ah, se ha burlado de mí; pero yo le prometo que pagará cara la burla.

FELIC. (¡Charito en mi casa!) Permita usted, hermosa mia...

CHARITO. Caballero, no permito nada...

FELIC. ¡Cómo! ¿qué la pasa á usted?

CHARITO. ¡Que estoy brava!

FELIC. ¿Conmigo?

CHARITO. Sí, señor.

FELIC. (¡Si Ángela la habrá dicho que es hija mía.) ¿Y por qué, Charito?

CHARITO. ¡Una palabra nada más!... ¿Es viudo?

FELIC. Sí, señora.

CHARITO. ¿Sin hijos?

FELIC. (Ciertos son los toros.) Sí, señora.

CHARITO. ¿Y la señorita que acaba de salir de aquí?

FELIC. Esa es hija... no hijo...

CHARITO. ¿De usted?

FELIC. Me explicaré...

CHARITO. Nada de explicaciones. Sí ó no... ¿Tiene una hija?

FELIC. (Si supiera que tengo tres.) Pues bien, sí...

CHARITO. Perfectamente; y todavía no hace un mes que me dijo y afirmó...

FELIC. Sí, es verdad; pero yo le diré á usted: hace un mes, en aquella época...

CHARITO. ¿Cómo en aquella época? ¿No querrá decirme que la joven que yo he visto no había nacido hace un mes?

FELIC. No, no, señora: ¿cómo he de querer decir eso?

CHARITO. Entónces me ha engañado...

FELIC. Estaba usted tan resuelta á no casarse con un viudo que tuviera hijos...

CHARITO. Naturalmente... ¿Le parece bonito que pase yo ante el mundo por madre de su hija?

FELIC. ¡Quiá! No, señora, mejor creo yo que pasará usted por hija de Ángela.

CHARITO. Eso es, y resultará entonces que me he casado con mi abuelo...

FELIC. Es verdad.

CHARITO. Nada, don Feliciano, me ha engañado vilmente y necesito vengarme. No volverá á verme. Beso su mano.

FELIC. ¡Charito!

CHARITO. Es inútil que suplique...

FELIC. Charito, por caridad...

CHARITO. Le he dicho que es inútil.

FELIC. ¡Ah, Dios mío, me voy á morir de pena! (Se sienta llorando.)

CHARITO. (¡Me da lástima! Y después de todo el engaño fué hijo de su amor.) ¡Don Feliciano!

FELIC. ¡Ah! ¿No se ha ido usted aún?

CHARITO. No puedo olvidar que me ha salvado la vida...

FELIC. Sí, señora...
CHARITO. Poniendo en peligro la suya...
FELIC. Si, señora...
CHARITO. Y que aquel día fué un héroe...
FELIC. Sí, señora...
CHARITO. Quiero ser indulgente... Don Feliciano, le perdono esa hija.
FELIC. ¡Oh, Charito! ¡Cuánta generosidad!
CHARITO. ¿No tiene más que ella, por supuesto?
FELIC. Nada más... Comprenda usted que sería yo el más infame de los hombres si tuviera más hijos...
CHARITO. Y no lo confesase... Ahora, una condición. Su hija se ha de casar antes que nosotros.
FELIC. Lo tenía pensado. Precisamente estoy ocupándome en arreglar su boda.
CHARITO. Muy bien, después de su boda, partiremos á América, y allí...
FELIC. Perfectamente, perfectamente. Ese era mi proyecto... (Se arregló el negocio mejor de lo que yo esperaba.)

ESCENA X.

DICHOS y JUAN, después DOÑA ESTANISLADA y SERAFIN.

JUAN. ¿Dan ustedes permiso?
FELIC. Adelante... ¿Qué se ofrece?
JUAN. Ahí preguntan por usted Doña Estanislada Valiente y su hijo.
FELIC. Que pasen, Juan, que pasen. Llegan con mucha oportunidad. (Á Charito.) El futuro esposo y la futura suegra de Ángela.
CHARITO. ¡Ah! Me alegro. (Entran Estanislada y Serafín.)
ESTAN. Sígueme, Serafinito.
SERAFIN. Sí, mamá...
ESTAN. Don Feliciano Regordete...
FELIC. Servidor de usted... Señora, tengo una gran satisfacción en verla á usted honrar mi casa.

ESTAN. Lo mismo digo.

FELIC. Doña Rosario Menéndez, mi corresponsal en la Isla de Cuba...

JUAN. (La primera vez que lo oigo.)

FELIC. Y además una amiga para quien no tengo secretos.

ESTAN. ¿Y esta señora está en Madrid de temporada?

CHARITO. Justamente: hasta el día treinta me tiene en Carabanchel á sus órdenes.

ESTAN. ¿En Carabanchel? Pues somos vecinas.

FELIC. ¡Qué casualidad!

ESTAN. Mi hijo es secretario del juzgado municipal de Carabanchel. ¿No es verdad, Serafin?

SERAFIN. Sí, mamá...

ESTAN. Le dedico á la magistratura, y ya está en carrera..

FELIC. ¿Es abogado, eh?

ESTAN. No señor: no le hace falta, su padre fué inspector de vigilancia pública, y yo quiero que también él llegue á eso...

CHARITO. ¡Ah!

ESTAN. Y llegará, no lo dude usted, llegará: me han dado una carta eficacísima para el barón del Soto.

CHARITO. ¿Del Soto?

FELIC. ¡Qué! ¿Le conoce usted?

CHARITO. No; pero me parecía haber oido ese nombre; sin duda le he visto en algún periódico.

ESTAN. Por cierto que nunca se le encuentra en casa al tal Barón. ¡Ah! Pero yo conseguiré verle, y mi hijo ascenderá ¡vaya si ascenderá!... Y cuando sea inspector le ayudaré como ayudé á su padre.

FELIC. ¿Usted?

ESTAN. Yo, sí, señor; con esta mano fina y delicada que usted ve he cogido por el cuello á muchos ladrones... Así... (Coge á D. Feliciano.)

FELIC. Señora, ¡por Dios! Suelte usted. (Pues no me ha parecido la mano tan delicada y fina como ella dice.)

ESTAN. Además, ni mi hijo ni yo estamos en cueros.

CHARITO. Sí, ya lo vemos.

FELIC. ¡Caramba! Si hubieran ustedes venido en cueros, tampoco los hubiera yo recibido en mi casa, y menos delante de una señora.

ESTAN. Conque me parece que Serafin es un gran partido...

FELIC. También á mí me lo parece, pero la chica no es costal de paja.

CHARITO. En efecto; Ángela me ha parecido inteligente, y es bonita, y además hija única.

JUAN. (¿Cómo?)

FELIC. (¡Dios mio! ¿qué dice?)

ESTAN. ¡Hija única! Era mi sueño dorado. Con esas palabras se han allanado todos los obstáculos, y, como á usted le convenga, este es negocio concluido.

FELIC. Le diré á usted...

CHARITO. ¡Cómo! ¿Va á poner dificultades?

FELIC. No, no, señora.

ESTAN. Don Feliciano, casaremos á los chicos. ¡Hija única!

SERAFIN. Pero Ángela me ha hablado algunas veces de dos hermanas suyas.

CHARITO. ¿Eh?

FELIC. (Demonio de muchacho.) Sí, en efecto, de dos hermanas, ¿verdad?

SERAF. Justo.

CHARITO. ¿Cómo?

FELIC. Murieron las dos... en un día...

JUAN. (¡Vaya un modo de matar gente!)

FELIC. Y lo que yo lloré!... Todavía me enternezco... Vean ustedes.

ESTAN. Vaya, dejémonos de tristezas, cuando se debe hablar de bodas...

CHARITO. Es verdad.

FELIC. (No ha sospechado.)

CHARITO. Y una vez que están de acuerdo les doy mi enhorabuena, y me retiro... Señora, he tenido mucho gusto en conocerla y en saber que somos vecinas.

ESTAN. Lo mismo digo... Saluda, Serafin.

SERAFIN. ¡Que usted lo pase bien!

CHARITO. (Á Feliciano.) Hasta mañana.
FELIC. No faltaré, ¡y si usted supiera lo largo que se me va á hacer el tiempo! Juan, acompaña á esta señora.

ESCENA XI.

ESTANISLADA, FELICIANO y SERAFIN.

ESTAN. Estoy muy contenta. ¿Y tú, Serafin?
SERAFIN. También; ¡como que soy el que se va á casar!
FELIC. (Yo no puedo dejar engañada á esta gente.) Tengo que decir á ustedes...
ESTAN. Nada, nada.., ¡Hija única! Crea usted que sin esa cualidad de Ángela no sé si me hubiera decidido á casar á Serafin.
FELIC. (¡Demonio! Entonces me callo.)
ESTAN. En cuanto á los preliminares de la boda...
FELIC. Basta; ya sé lo que quiere usted decir: yo doy á mi hija seis mil seiscientos sesenta y seis duros y sesenta y seis centavos.
ESTAN. ¡Qué cantidad tan extraña! ¿No sería mejor un número redondo?
FELIC. Bueno, no hay inconveniente: ¿he dicho seis mil seiscientos sesenta y seis duros y sesenta y seis centavos? Pues sean seis mil duros.
ESTAN. ¡Vaya una manera de redondear!
FELIC. La corriente: para hacer redonda una cosa cuadrada no hay más remedio que quitar los picos, y eso he hecho yo.
ESTAN. Pues no se enfade usted; pero me parece poco dinero ese.
FELIC. ¡Señora!
ESTAN. Pero no importa: Ángela es hija única, y usted se morirá...
FELIC. Probablemente; aunque no lo he resuelto todavía...
ESTAN. De modo que al fin y al cabo todo se reduce á esperar un poco de tiempo...

FELIC. Que yo procuraré alargar todo lo posible.

ESTAN. Pues, nada, quedamos convenidos.

FELIC. Perfectamente... ¡Ah! La boda se ha de celebrar dentro de ocho días; tratándose de la felicidad de los hijos, cuanto antes mejor.

ESTAN. Como usted guste.

FELIC. Y si la es á usted indiferente, aun faltando á la costumbre, se casarán los chicos en Carabanchel.

ESTAN. Nos es lo mismo.

FELIC. (Así evito indiscreciones.)

ESTAN. Haré una gran boda, yo se lo aseguro á usted... He conservado numerosas relaciones entre los subordinados de mi difunto. Casi todos los agentes de orden público son amigos míos. ¿No es verdad, Serafin?

SERAFIN. Sí, mamá, y añadiré...

ESTAN. No tienes que añadir nada... Este chico es lo más hablador...

FELIC. Sí, ya lo he visto...

ESTAN. No sé á quién sale.

FELIC. Pues yo sí lo sé.

ESCENA XII.

DICHOS y MARCIAL.

MARC. (En el foro.) Sí, ya lo veo; mil gracias... ¿Don Feliciano Regordete?

FELIC. Servidor de usted...

MARC. Muy señor mío... Marcial Cabanzón, capitán de caballería de reemplazo.

FELIC. (¡Dios mío, el novio de Dolores!)

MARC. Veintitres acciones de guerra, sesenta y dos heridas... Yo debía ser coronel, pero no he tenido padrino.

FELIC. ¿No? Entonces se mantuvo usted por su pie en la pila bautismal?

MARC. No es eso: digo que no he tenido quién me apoye en el ministerio de la Guerra... Tengo doscientos siete

amigos generales... Pues bien, ninguno de los ciento catorce ministros de la Guerra que ha habido en veinte años, ha sido amigo mío.

FELIC. ¡Pues ha sido desgracia!

MARC. Ahora bien... fortuna independiente, carácter amable, el físico que está á la vista y los galones de coronel tarde ó temprano ¿le convengo á usted?

FELIC. ¿Á mí?

MARC. Su hija de usted le debe haber dicho ..

ESTAN. ¿Cómo?

FELIC. Sí, sí, en efecto... (¡Qué complicación!) Tengo idea de haberla oido...

MARC. Pues tratemos el asunto militarmente: ¿me concede usted la mano de su hija?

ESTAN. ¿Qué está usted diciendo?

MARC. ¡Ah! Señora... Sin duda, su madre de usted...

ESTAN. ¡Caballero!

FELIC. No, señor: una amiga mía... (Esta lo va á echar todo á rodar.)

MARC. Dispense usted, señora, no he tenido intención de ofenderla.

ESTAN. Bien, bien; dispensado: pero amigo mío, su pretensión de usted ha llegado tarde...

MARC. ¡Tarde! ¿Qué dice usted?

FELIC. (¡Dios mío, ten su lengua!)

ESTAN. Digo que la hija de don Feliciano ha sido prometida á mi hijo... Ven acá, Serafin... este gallardo joven que usted ve.

MARC. ¿Es verdad eso, caballero?

FELIC. Diré á usted... (¿Qué le voy á decir?) Hablaremos, y...

ESTAN. ¿Qué van ustedes á hablar? ¿Trata usted acaso de recoger la palabra que acaba de darme?

FELIC. De ninguna manera.

ESTAN. Es que cuidadito.

FELIC. (¿Me irá á pegar?)

ESTAN. Conque quedamos en que nos casamos nosotros.

FELIC. Sí, señora, sí: lo que usted guste.

MARC. ¡Mal cañonazo!

ESTAN. Siento mucho, caballero, haberme adelantado á usted, pero Estanislada Valiente no puede retroceder ni ante toda la caballería española.

MARC. ¿Quiere usted dejarme en paz?

ESTAN. La novia es buen bocado ¿eh? Bonita, discreta é hija única.

MARC. ¿Hija única?

ESTAN. Si, señor.

FELIC. (Pues lo va arreglando.)

MARC. ¡Hija única!

ESTAN. Otra vez ande usted más de prisa. Acompañamos á usted en el sentimiento... Cuento con su palabra de usted, don Feliciano... ¿Vamos, Serafin?

SERAFIN. Bueno, mamá... Beso á ustedes...

ESTAN. Adios, señores. No les beses nada.

ESCENA XIII.

FELICIANO y MARCIAL; después PEPITA y DOLORES.

FELIC. ¡Diablo de vieja!

MARC. ¡Mal cañonazo! ¿Conque es decir que me quedo á pie?

FELIC. No, por mí puede usted montar cuando guste.

MARC. Y Dolores me ama, estoy seguro... ¡Y después hija única! La sola condición que mi madre me exigia, una novia que no tuviera hermanos.

FELIC. ¿Sí, eh?

MARC. Como usted lo oye.

FELIC. (¡Qué solicitadas son las hijas únicas! No, pues no le saco de su error.)

MARC. Mire usted que es desgracia la mía! ¡Mal cañonazo! En fin, caballero, no quiero molestarle á usted más...

FELIC. Un instante... Señor de Cabanzón, es usted el yerno que yo he soñado... Usted ama á Dolores; Dolores le ama á usted ¿quién dice que esto no puedo arreglarse todavía?

MARC. ¡Arreglarse! ¿Y el otro? Si usted le ha prometido...

FELIC. Sí, le he prometido; pero muy vagamente... Además, prometer no es cumplir...

MARC. Sin embargo...

FELIC. Á veces cuando se va á dar por terminado un negocio, se presenta otro mejor, y se abandona el primero y se hace el segundo... Así es el comercio, amigo mío... Mis cajas de cerillas me han aleccionado... (Entra Dolores y escucha.)

MARC. Entonces...

FELIC. Es muy sencillo; le doy á usted la preferencia. La *Biblia* lo dice: los últimos serán los primeros. Concedo á usted la mano de mi hija.

DOL. ¡Ah, papá! (Corriendo á abrazarle.)

FELIC. ¿Estabas oyendo? Mejor; ya has visto cómo procuro tu felicidad.

MARC. Dolores, soy muy dichoso... Y crea usted que he venido temiendo un mal desenlace; porque si no llega usted á ser hija única...

DOL. ¿Hija única?

FELIC. (Calla, por Dios.) Sí, hija única; según lo que te has sorprendido, no parece sino que no lo sabías. (¿Qué había de saber?)

PEPITA. (Entrando.) ¿Dejé aquí la caja del sombrero?... Sí, sí, ya la veo... (Ve á Marcial.) ¡Ah! Un caballero...

DOL. (Á Pepita.) Es mi novio...

MARC. (Á Feliciano.) ¿Quién es esta señorita?

FELIC. ¿Ésta? (¡Ah, el sombrero!) Pues la modista de Dolores...

PEPITA. ¿La modista?

FELIC. (Á Pepita.) (Apoya lo que yo diga...) (Alto.) Sí, ha venido á probarla un sombrero... Anda, pruébale, pruébale, hija mía, á ver si es del gusto de Marcial... Y tú, (Á Pepita.) pronto, prueba el sombrero á Dolores.

PEPITA. (¿Qué pasa aquí?) Sí, hombre, sí; se lo probaré; no te enfades.

MARC. ¡Cómo! ¿Le tutea á usted la modista?

FELIC. ¡Ah, sí! Es la hija de un compañero mío de colegio.. Me conoce desde que nació. ¡Pobrecita! Ahí donde usted la ve, es huérfana... Claro, se la murieron los padres, y no la quedó más remedio...

MARC. Bueno, don Feliciano, si ustedes me dan su permiso, voy en seguida á comunicar á mi madre el resultado de nuestra entrevista.

FELIC. Sí, sí, vaya usted en seguida...

MARC. Cuento con su palabra de usted... Supongo que no me desbancará un tercer pretendiente como yo he desbancado al primero.

FELIC. ¡Quiá, hombre, quiá! Vaya usted tranquilo.

MARC. Es que con el alfeñique de antes se puede jugar; pero conmigo... ¡Mal cañonazo! yo tengo malas pulgas...

FELIC. Pues usted dispense; pero eso es una porquería: no se deben tener pulgas ni malas ni buenas.

MARC. No me ha entendido usted...

FELIC. Sí, hombre, sí, de sobra... ¡Ah! le advierto á usted que la boda se ha de celebrar dentro de ocho dias.

MARC. Cuanto más pronto mejor... Si usted quiere nos vamos á casar ahora mismo...

DOL. ¡Qué vehemente es!

FELIC. No tanto, hombre, no tanto.

MARC. Es que yo soy así... Conque Dolores, como si estuviéramos ya casados. (*La va á abrazar.*)

FELIC. No, no, don Marcial; no adelantemos los sucesos... (¡Caracoles!)

MARC. Como usted guste. (*Á Pepita.*) Si usted procura complacer á Dolores le seguirá dando trabajo cuando sea mi esposa...

PEPITA. ¿Á mí?

MARC. Futuro suegro, hasta después...

FELIC. Vaya usted con Dios...

MARC. (¡Qué suerte! pero ¡qué suerte!... ¡hija única!) (*Váse.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, después ÁNGELA.

FELIC. (¡Bueno! Van dos colocadas... ¡Lástima que me quede Pepita!)

PEPITA. Pero, papá, ¿qué significa esto? ¿Por qué me has hecho pasar por una modista?

FELIC. Porque no he tenido más remedio.

DOL. ¿Y por qué has dicho á Marcial que no tienes más hija que yo?

FELIC. Porque ha sido preciso.

PEPITA. Pues no lo entiendo.

DOL. Ni yo.

FELIC. Ahora lo entendereis. (Á Ángela que llega.) ¡Ah! Ven tú también acá, hija mia... Por una necesidad primero, y por cálculo después, os he hecho pasar por hijas únicas á tí y á tí. (Por Ángela y Dolores.) Pero, gracias á este embuste, sereis dentro de ocho dias tú la mujer de Serafin; tú la esposa de Marcial...

ANGELA. ¿De veras?

DOL. ¡Qué gusto!

FELIC. Si no hubiera suprimido obstáculos, digo, hermanas, ninguno de los dos enlaces se habría realizado... ¡Parece que la hija única es un artículo que se solicita mucho!

ANGELA. Pero ¿y cuándo nuestros esposos lleguen á saber que han sido víctimas de un engaño?

FELIC. ¡Ah! Para entonces ya mis cerillas habrán producido beneficios considerables, y no tendrán más remedio que conformarse... Desengañaos, lo principal son las bendiciones, que esas no se pueden echar abajo...

ANGELA. ¡Oh! ¡qué dia y qué alegría!

FELIC. Prosa, Ángela, prosa.

ANGELA. ¿Á que no sabes lo que voy á hacer para celebrar este dia?...

FELIC. ¡Alguna barbaridad!

ANGELA. No; una oda ó un flan; lo que tú prefieras.
FELIC. El flan, híja, el flan, que es más nutritivo.
ANGÉLA. Pues en seguida. (Vase.)
PEPITA. Me alegro mucho de que mis hermanas se casen; pero ¿y yo, papá?
FELIC. ¿No ha quedado en venir á pedir hoy tu mano Enrique?
PEPITA. Sí; pero tarda...
FELIC. Pues vendrá, vendrá, no lo dudes. Y una vez que la hija única da tan buenos resultados, seguiré el embuste... Preso por mil, preso por mil quinientos...

ESCENA XV.

DICHOS y ENRIQUE.

ENR. (Dentro.) Gracias; conozco el camino.
PEPITA. ¡Ah! Es él.
FELIC. ¿Es él? ¡Ah! El sombrero... Pronto, pronto... cambiad de papeles... Dale el sombrero á tu hermana.
ENR. (En el foro.) ¿Se puede?...
FELIC. Adelante, caballero, adelante... ¿Usted es don Enrique Alvarado? Precisamente en este momento me estaba hablando de usted mi hija... Aquí la tiene usted con su modista, que la va á probar un sombrero.
DOL. (Vaya, me ha llegado el turno de ser modista.)
ENR. Don Feliciano, comprendo que mi presentación no se ajusta extrictamente á las conveniencias sociales...
FELIC. ¡Como si se ajustase!
ENR. Pero me atrevo á esperar que el tribunal... digo, que usted me dispensará.
FELIC. Dispensado, dispensado... Don Enrique, tratemos el asunto con franqueza: sé á lo que viene usted: me lo ha dicho Pepita...
ENR. Entonces...
FELIC. Nada ¿me pide usted su mano, no es cierto? Pues concedida.

ENR. Una palabra.

FELIC. Ni media... ¡Qué partido! ¡Qué mujer! Y además, ¡hija única!

ENR. ¿Hija única? No la sabía.

FELIC. (Ha hecho efecto.) Conque dentro de ocho dias la boda...

ENR. Acepto con mucho gusto las conclusiones de usted, y creo que Pepita no tendrá inconveniente en que se haga firme esa sentencia.

PEPITA. De ningún modo.

ESCENA XVI.

DICHOS y ÁNGELA con delantal blanco.

ANGELA. El almuerzo está en la mesa...

FELIC. (¡La otra! ¡Qué oportuna!)

ENR. ¿Quién es esa joven?

FELIC. La niñera, eso es, la niñera...

ENR. Pero ¿tiene usted niños?

FELIC. No, la he tomado para cuando los tenga usted.

ENR. Alabo la previsión.

ANGELA. Ya está el flan en el molde: te vas á chupar los dedos.

ENR. ¿Le tutea á usted la niñera?

FELIC. (¡Dios mío!) Sí; entró á mi servicio cuando tenía yo tres años.

ENR. ¿Usted?

FELIC. No, hombre, no; ella, ella ¿no es verdad, Agapita?

ANGELA. ¡Agapita!

FELIC. Claro. Pues qué ¿has olvidado tu nombre?-.. Conque el almuerzo nos espera... Usted habrá almorzado ya, don Enrique, lo siento mucho, mucho...

ENR. No, no he almorzado...

FELIC. Bueno, es lo mismo: tendrá usted que ir á almorzar con su familia; no puede usted acompañarnos... Pues hasta cuando usted guste... (Llevándole á la puerta.)

¡Ah! No se olvide usted de preparar lo todo para casarse dentro de ocho dias... Beso á usted la mano.

ENR. Á los piés de ustedes... Servidor de usted, don Feliciano. (Vase.)

FELIC. (Sentándose.) ¡Qué líos! Pero ¡qué líos! ¡Válgame Dios los trabajos que cuesta casar tres hijas!... He asegurado vuestro porvenir... (Levantándose.) Ahora, á mis brazos, mis queridas tres hijas únicas!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa el jardín de una casa de campo en Carabanchel. Á la izquierda la casa, á la que se sube por una escalinata de seis ú ocho peldaños. Á la derecha, en primer término, un invernadero. En el foro una tapia alta. Debajo de la escalinata una puerta que conduce á la cueva. Una mesa, bancos y sillas de jardín.

ESCENA PRIMERA.

CHARITO, ROSA y FELICIANO.

Charito y Feliciano, sentados á la derecha, acaban de almorzar. Rosa sirve el café. Feliciano viste pantalón negro, chaleco blanco y americana de hilo: sombrero de paja. Sobre un sillón estarán el frac, el sombrero de copa y los guantes.

CHARITO. Sírvase azúcar, amigo mío.

FELIC. Sírvamela usted.

CHARITO. Con mucho gusto. ¿Cuántos terrones?

FELIC. Dos... tres... cuatro... los que usted quiera... Azúcar servido por tan linda mano, siempre me parecerá poco.

CHARITO. Tendrá mucha afición al dulce.

FELIC. Muchísima: por eso estoy deseando que sea usted mi esposa.

ROSA. (¡Viejo más ridículo!)

CHARITO. La galantería no me parece del mejor gusto, pero valga la intención.

FELIC. ¡Ah, Charito! No acierto á explicar lo que siento al lado de usted... ¡Ah! Déjeme usted siquiera que bese los dedos de esa mano.

CHARITO. ¿De cuál?

FELIC. De cualquiera de ellas, me es indiferente: digo, á menos que usted prefiera que bese los de las dos.

CHARITO. No, prefiero que no bese los de ninguna: tiempo habrá cuando estemos casados.

FELIC. ¡Cruel! Pero por fortuna nos casaremos pronto. Dentro de una hora... eso es, de una hora, son las diez y cinco, se celebrará la boda de Ángela en la próxima iglesia de Carabanchel, y en seguida seré libre, libre, Charito, y nos volveremos á Cuba.

CHARITO. No ignora que yo he tomado ya billete para el vapor correo que saldrá de Cádiz dentro de cuatro días.

FELIC. Pues para ese le tomaré yo también. ¡No faltaba más!

CHARITO. Y he anunciado en los periódicos que deseo alquilar esta casita.

FELIC. Perfectamente: pues en cuanto á actividad no tiene usted mucho que echarme en cara. En diez días lo he dispuesto todo para la boda de Ángela.

CHARITO. Y diga, don Feliciano, ¿por qué se casa en Carabanchel?

FELIC. Razones de familia... de la familia del novio, por supuesto... y como á mí me era igual, no tuve inconveniente en acceder á los deseos de doña Estanislada. Esta mañana llevé á Ángela á casa de su futura suegra, y, pretextando un negocio, vine á almorzar con usted, como de costumbre; por supuesto, prometiendo volver á la hora de la ceremonia, que se va acercando.

CHARITO. ¿Cuánto falta?

FELIC. Cincuenta y dos minutos.

CHARITO. Pues, amigo mío, es preciso aprovecharlos.

FELIC. (Acercándose mucho á Charito.) Soy de la misma opinión.

CHARITO. Pues, ea, empiece el ejercicio higiénico de todos los días.

FELIC. ¡Ah! ¿Llama usted á eso aprovechar los minutos?

CHARITO. Sí, señor.

FELIC. ¿De modo que desea usted que siga cavando, podando y regando?

CHARITO. Sin duda...

FELIC. ¡Pero si yo no quiero aprender el oficio de jardinero! Además, me fatigo mucho ..

CHARITO. Mejor: eso es lo que yo deseo.

FELIC. Mil gracias. Y estamos en Julio, y me achicharro... y sudo.

CHARITO. Mejor que mejor. Ya le he dicho que tiene demasiado... vamos, demasiado...

ROSA. Demasiado vientre...

CHARITO. Rosa, silencio.

FELIC. ¿Y qué quiere usted que yo le haga? Esto no se puede cortar como las patillas ó el bigote... Además, he perdido cuatro libras.

CHARITO. No es bastante. Va á establecerse en Cuba, un país donde todos los hombres son delgados.

FELIC. Mejor: así llamaré la atención.

CHARITO. Que es precisamente lo que yo deseo evitar.

FELIC. (Vamos, celos. Teme que las criollas se enamoren de mis carnes.)

CHARITO. Conque á la tarea, don Feliciano, á la tarea.

FELIC. Si no hay más remedio, me resignaré.

CHARITO. Ayer no regó los tulipanes: que no se olviden hoy. He visto antes que se están secando.

FELIC. No son ellos solos los que se secan.

CHARITO. ¡Don Feliciano, por Dios! Bueno que procure enamorarme, pero con más seriedad. No le sientan nada bien esos arrumacos.

FELIC. ¿No? ¡Cómo ha de ser! ¡Y yo que creía ponerme tan interesante!

CHARITO. Pues no hay tal cosa... Conque hasta luego. Voy á arreglarme un poquito. Tengo que hacer una visita...

No se asuste, es en la vecindad.

FELIC. Pues yo voy á tratar de complacerla á usted.

CHARITO. Sí, sí: á ver si baja ese abdómen.

FELIC. ¿Á dónde?

CHARITO. Quiero decir, á ver si se reduce.

FELIC. (Pero, ¿por qué odiará tanto á mi vientre?) Le aseguro á usted que hoy no se han de quejar los tulipanes. (Coge la azada, el rastrillo y la regadera.) Hasta después.

ESCENA II.

CHARITO y ROSA.

CHARITO. Me adora: y una vez casada, haré de él lo que quiera.

ROSA. ¿Está usted sola, señorita?

CHARITO. Sí: ¿qué quieres?

ROSA. Nada, decirla á usted que, mientras estaban ustedes almorzando, se ha vuelto á presentar en la puerta el barón del Soto.

CHARITO. ¿Otra vez? Ese hombre se ha propuesto sin duda aburrirme, desesperarme; hace un mes que no me deja ni á sol ni á sombra: por donde quiera que voy, él detrás...

ROSA. Es muy constante.

CHARITO. Dí que es muy terco... ¿Y qué pretendía hoy?

ROSA. Pues lo de siempre: entrar á hablar con usted... Yo se lo impedí, es claro, y á pesar de eso me dió cinco duros.

CHARITO. Que no debiste haber recibido...

ROSA. Me los ofreció con tanta delicadeza, que no me atreví á hacerle un desaire.

CHARITO. Bueno, bueno; esas son cuentas tuyas... Pero cuidado conque atraviese nunca esa puerta...

ROSA. ¡Pobre señorito! Es tan simpático y tan buen mozo...

CHARITO. Mejor para él: no me importa nada.

ROSA. Es el reverso de don Feliciano...

CHARITO. Rosa, don Feliciano me ha salvado la vida, y le he

prometido mi mano... No necesito decirte más. Retírate.

ROSA. (¡Cuidado que tiene mal gusto! ¡Lo que es si yo me encontrara como ella!) (Vase.)

ESCENA III.

CHARITO y el BARÓN.

CHARITO. Afortunadamente no estaré ya más que dos dias en Madrid: sino acabaría ese hombre por comprometerme.

BARON. (Sobre la tapia) Allí está... (Llamando.) ¡Señorita!...

CHARITO. ¡El barón... Dios mío! ¿Qué hace ahí?

BARON. No quiere usted abrirme la puerta, y no me ha quedado más remedio que escalar la tapia..

CHARITO. Bájese, baje en seguida, caballero.

BARON Muchas gracias. (Baja.)

CHARITO. No, por este lado no...

BARON. Usted me ha mandado bajar sin decirme por dónde; y como creí que me daba usted á escoger, he preferido este lado.

CHARITO. Me está comprometiendo: le habrán visto escalar la tapia...

BARON. Nadie, señorita: he tenido cuidado.

CHARITO. De todos modos, hágame el obsequio de salir inmediatamente.

BARON. Lo siento mucho; pero no me es posible: no me resigno á perder el trabajo que me ha costado entrar.

CHARITO. ¡Tiene eso mucha gracia!

BARON. ¿Me encuentra usted gracioso? ¡Qué felicidad!

CHARITO. No es en el sentido que usted supone.

BARON. En cualquiera que sea... Pero, por Dios, señorita, concédame usted un minuto de audiencia.

CHARITO. ¿Un minuto? Bueno; pero nada más que un minuto.

BARON. Corriente; voy á aprovecharle. Hace un mes, debe usted recordarlo, la encontré á usted en la calle del Príncipe... salía usted de la tienda de Aramburo, sin

duda de comprar unos gemelos que llevaba usted en la mano...

CHARITO. Adelante...

BARON. Me impresionó usted fuertemente y la seguí... usted lo notó... y se metió de repente en un coche de alquiler que pasaba... Busqué otro con la vista, no le hallé; pero no por eso desistí de mi propósito y eché á correr trás del coche en que usted iba... ¡vaya una carrera! Porque aquel día me convencí de que hay simones que tienen buenos caballos... Desde las cuatros calles á la Plaza Mayor venticinco segundos... Se me inflamó un pié, señorita.

CHARITO. Me alegro.

BARON. Muchas gracias. Una vez en la Plaza Mayor tomó usted el tranvia, yo también, y hasta aquí

CHARITO. Ha pasado el minuto.

BARON. Una prórroga... ó mejor, una respuesta. . Me llamo Alfredo Guzmán, baron del Soto, tengo buena posición, gran familia y un puesto en la diplomacia, ¡vivo en la fonda de Embajadores! la adoro á usted, ¿puedo esperar que usted me corresponda?

CHARITO. Caballero, no debo contestar á una declaración hecha de esa manera. .

BARON. Pues dígame usted cómo quiere que la haga...

CHARITO. De ningún modo... Váyase, váyase por favor...

BARON. Sin una respuesta, no; porque no he venido más que á buscarla.

CHARITO. Por Dios, señor barón, retírese; su presencia aquí me compromete: no estoy sola.

BARON. ¿No está usted sola?

CHARITO. No, mire allá abajo...

BARON. ¡Ah! Un señor gordo que riega ¿quién es ese señor gordo?

CHARITO. (Si le digo que es mi futuro esposo le voy á parecer rídicula.)

BARON. ¿Quién es ese señor... ¡Ah! Ya sé, ¡qué torpeza la mia! Su padre de usted.

CHARITO. Sí, sí; mi padre, y ya comprende que si le encuentra aquí, cerca de mí, creerá, se figurará... No, no; no querrá comprometerme; porque yo supongo que es un caballero...

BARON. Supone usted muy bien.

CHARITO. Incapaz de empañar la reputación de una mujer... Váyase, váyase al instante y no repita esta locura...

BARON. Pero una respuesta, siquiera una esperanza...

CHARITO. Adios, caballero; confío en que no volveremos á vernos más... y en que mi padre no le encontrará ahí. (Vase á la casa.)

ESCENA IV.

EL BARÓN y ROSA.

BARON. Pues señor, la verdad es que me ha despedido en toda regla .. Pero yo no desisto...

ROSA. ¡Cómo! ¿Por dónde ha entrado usted?

BARON. Por la tapia...

ROSA. ¿Y ha visto usted á?... ¡Ay! Márchese usted, que viene don Feliciano ..

BARON. ¡Cáspita! Es cierto... (Se sube á la tapia.) Pero no tardaré en volver. (Vase.)

ESCENA V.

D. FELICIANO.

¡Parece nada, y sudo á mares! ¡Bah! No importa... Pues señor, estoy tranquilo. La verdad es que me ha salido todo á pedir de boca. Hace cinco días casé á Pepita con Enrique en Aranjuez, y en cuanto terminó la ceremonia, les digo: Hijos míos, los negocios me obligan á partir inmediatamente para Cuba; os abandono á vuestra felicidad. Cuarenta y ocho horas después se casaban Dolores y Marcial, y el mismo discurso, que hoy también repetiré á Serafin y Ánge-

la en seguida que el cura les eche las bendiciones... Dentro de dos días á Cádiz, y dentro de cuatro navegando para Cuba en compañía de Charito... ¡Oh, qué delicioso porvenir!... (Se pone á regar cantando: Yo me voy á Puerto-Rico.)

ESCENA VI.

FELICIANO, PEPITA, ROSA y ENRIQUE.

ROSA. Pasen ustedes, pasen ustedes.
ENR. El jardin es bonito.
PEPITA. (Á Feliciano vuelto de espaldas.) ¡Caballero!
FELIC. ¿Qué se ofrece?
ROSA. Estos señores quieren ver la casa...
FELIC. ¡Bueno! ¿Tratan de alquilarla?
ROSA. Sí, señor... (Voy á avisar á la señora.)
ENR. Este debe ser el propietario... Caballero...
FELIC. (Volviéndose.) ¡Caballero!
ENR. ¿Cómo?
FELIC. ¡Mi yerno!
PEPITA. Papá... papá aquí... (Le abrazan.)
FELIC. (¡Válgame Dios!)
ENR. Que me está usted regando...
FELIC. Perdona; te había tomado por un tulipán.
ENR. Pero yo le hacía á usted camino de Cuba.
FELIC. Y debía estar, eso es, debía estar, solo que no estoy...
PEPITA. Ya lo vemos...
ENR. ¿Qué le ha sucedido á usted?
FELIC. Pues nada, que he tenido un dolor de muelas horrible... mirad, mirad, todavía creo que tengo inflamado el carrillo... y, claro ¿quién se embarca con dolor de muelas?
ENR. ¿Y cómo le encontramos á usted aqui?
FELIC. ¿No te acuerdas ya? Me habeis encontrado regando un rosal...
ENR. No es eso...

FELIC. ¡Ah, sí! Ya te entiendo; quieres decir que te sorprende verme aquí...

ENR. Justamente.

FELIC. Pues es muy sencillo y muy natural (¿qué les voy á decir?) Hazme el favor... (Le dá la regadera.)

PEPITA. Habla, papá...

FELIC. Pues vereis. (¡Santo Dios, si llega á salir Charito!) Yo estaba loco con el dolor de muelas, y para que se me quitara de una vez, fuí ¿y qué hice? Pues me vine aquí...

PEPITA. Pero ¿sólo?

FELIC. No, tonta, con el dueño de la casa... con Riaño, mi querido amigo Riaño...

PEPITA. Nunca te le he oido nombrar.

FELIC. (¡Ya lo creo!) ¿Que no? No te acordarás ¡Riaño! mi antiguo compañero de colegio... No sé como le has olvidado; precisamente me sacaba él todas las traducciones del latin... ¡Y me ha cuidado con un esmero! Como si fuese un hermano... Así es que, agradecido á su hospitalidad, le riego las flores... ¿Pero, y vosotros? porque me parece que es hora de hablar de vosotros ¿qué habeis venido á hacer aquí?

ENR. Pues verá usted: como yo necesito estar cerca del ministerio para gestionar mi reposición, hemos acordado Pepita y yo alquilar una casa en los alrededores de Madrid: hemos visto en los periódicos el anuncio de esta y la venimos á ver.

FELIC. (¡Santa Bárbara!)

PEPITA. Ahí tienes explicada nuestra presencia aquí, papá.

FELIC. (No se le cae el papá de la boca.) Pues no podeis figuraros cuánto me alegra volveros á ver... Y ¿qué tal, qué tal, Pepita? ¿Estás contenta de tu marido?

PEPITA. Mucho; me complace en todo y me lleva á todas partes... Anoche, apenas llegamos de Aranjuez, fuimos al circo de Rivas... Por cierto que no pudimos oir más que dos actos de la ópera, porque nos sucedió una aventura...

FELIC. ¡Una aventura! ¿Qué os pasó?

PEPITA. Una cosa terrible.

ENR. Figúrese usted que estábamos sentados en el Paraiso, cuando un salvaje con grandes bigotes se empeñó en pasar por delante de nosotros y me dió un pisotón horrible... Yo, sin querer, dejé escapar una palabra poco parlamentaria...

FELIC. ¡Diablo!

ENR. Se dió el salvaje por ofendido, y me llamó granuja... ¡granuja á mí!... Se enfadó él, me incomodé yo: levantó la mano, bajé instintivamente la cabeza, y ¡pif! ¡paf! llevó dos bofetadas en el rostro un caballero que estaba detrás de mí.

FELIC. ¡Caracoles! ¿Y qué hizo ese caballero?

ENR. Se levantó furioso como un tigre... y se fué por la puerta diciendo: aquí no se puede estar.

FELIC. ¡Ay! Se conoce que tenía el genio vivo, como yo.

ENR. Acudieron los acomodadores, se arremolinó la gente, el salvaje de los bigotes seguía gritando, y yo me aproveché de la confusión para escapar con Pepita.

PEPITA. Le digo á usted que nunca he pasado tanto miedo.

ENR. Ni yo tampoco... Es decir, miedo de escandilizar, porque al cabo tengo una posición que perder...

FELIC. Sí. la de cesante... Y eso quisieras tú, perderla... Pero ¿á quien se le ocurre ir á Rivas?... En fin, eso ya pasó y no ha tenido consecuencias...

ENR. Pero ¿quien sabe si las tendrá? Ahora mismo, al venir en el tranvía me pareció ver en la calle de Toledo al salvaje de los bigotes que iba en un coche en dirección opuesta á la nuestra.

PEPITA. Acaso le confundirías...

FELIC. Sí; de seguro te le hizo ver el miedo... el miedo de escandalizar.

ENR. Acaso... Conque no se hable más de eso... ¿Vamos á ver la casa, Pepita?

PEPITA. Como tú quieras...

FELIC. (¡Dios mío, si encuentran á Charito!) No, no, es inútil..

ENR. ¿Por qué?

FELIC. Porque no os convieno...

ROSA. (Que le ha oido.) ¿Que dice?

FELIC. Es muy mala: las chimeneas hacen humo... los techos son bajos... y una de goteras... cuando llueve se moja uno en la cama como en la calle... Yo tuve que dormir antes de anoche con el paraguas abierto. Nada, nada, seguid mi consejo y buscad por otra parte...

ROSA. Pero ¿está usted desacreditando la casa?

FELIC. No, no; es una broma... (Necia, hablándoles mal de ella la encontrarán luego mejor.)

ROSA. La señora me ha dicho que les acompañe á ustedes.

ENR. ¿La señora? ¿Qué señora?

FELIC. ¿Cuál ha de ser? La esposa de Riaño.

ROSA. ¿De qué Riaño?

FELIC. ¿Será estúpida? De tu amo... ¡Ah! La esposa de mi amigo... una amiga mía de treinta años... ¡Qué mujer! Ella me sacaba las traducciones de latin... Digo, no... Pero ¡qué mujer!

ROSA. (Le dejaremos mentir á su gusto.) Si ustedes quieren seguirme...

ENR. Sí, sí; ¿por qué no?... Por ver no se pierde nada.

ROSA. Les enseñaré á ustedes, primero la huerta, y luego entraremos en la casa por la sala de juego.

ENR. Bien, es lo mismo... Vamos... Adios, querido... (Feliciano le tapa la boca.)

FELIC. ¡Adios!

PEPITA. Hasta luego.., (Igual que á Enrique.)

ESCENA VII.

FELICIANO, después CHARITO.

FELIC. Afortunadamente, no encontrarán á Charito... ¡Ah! Aquí está... (¡Cielos! ¿Si nos habrá oído?)

CHARITO. ¡Don Feliciano! (¿Sí encontraría al Barón?) ¿Está solo?

FELIC. Sí, ya lo ve usted... solo...

CHARITO. Creí haberle oido hablar con alguien...

FELIC. (¡San Caralampio!) Sí, he hablado con una señora y un caballero que han venido á visitar la casa...

CHARITO. (¡Respiro!) Es verdad que me lo advirtió Rosa... ¿Dónde están? Voy á hacerles los honores...

FELIC. (¡Santo Dios!) No, no se moleste usted; si son dos paletos...

CHARITO. ¿Sí? ¡Ah! Pues entonces... Pero ahora que me acuerdo, ¿en qué está pensando? ¿Sabe qué hora es?

FELIC. ¡Cáspita! Es verdad .. las once... la hora de la boda.

CHARITO. Vaya, vaya: arréglese un poco y corra á la Iglesia... Salga por la puertecilla del jardín, y llegará usted primero...

FELIC. Es verdad...

CHARITO. Yo voy por aquí á hacer mi visita..

FELIC. Sí, sí; vaya usted, vaya usted...

CHARITO. Hasta luego... (Se va.)

ESCENA VIII.

FELICIANO, después DOLORES y MARCIAL.

FELIC. ¡Caracoles! Las once dadas. Me estarán esperando con impaciencia.. Doña Estanislada, estoy seguro de que habla sola... Vaya, el frac en seguida.. ¿Qué dirán el cura y los monaguillos?... Ea, ya estoy... ¡Canario! ¿Pues no me he puesto el frac encima de la americana?... Vuelta otra vez... ¡Uy! Doña Estanislada vá á ser capáz de darme un tirón de orejas... El sombrero... los guantes me los meteré por el camino... Andando...

MARC. (Entrando.) Aquí está, aquí está, le he visto.

DOL. Cálmate, Marcial.

FELIC. ¡Mi segundo yerno... ¡Á morir!

MARC. Dispense usted, caballero, ¿ha visto usted á... Don Feliciano?

DOL. ¡Papá!

FELIC. (Pero Dios mío, ¿se han citado aquí todos mis yernos?)

MARC. ¡Cómo! ¿No se fué usted á Cuba?

FELIC. No, me parece que no, pero me pienso ir... me han retenido los negocios... mis cerillas...

DOL. ¿Y qué hace usted aquí?

FELIC. Pues, ya ves, divertirme; sólo que...

MARC. ¡Vestido de etiqueta!

FELIC. ¡Ah, sí! (¿Qué le diré?) Pues estoy aquí porque se reune hoy el Consejo de Administración de una sociedad anónima, y yo soy el Presidente.

MARC. ¿Y qué objeto tiene esa sociedad?

FELIC. Pues... pues .. el de regenerar la patata... porque ya sabes tú que la patata, aún siendo patata... en fin, ya te lo explicaré otro día...

MARC. Pero ¿se reunen ustedes en el campo?

FELIC. Claro, por higiene... en el verano nos reunimos aquí por tener mas calor, digo, por tener más frío, digo, tampoco... Pero se trata de una legumbre, y en el campo nos ponemos más en situación... (¡Dios mío, las once y cuarto!)

MARC. Pues me alegro encontrar á usted, papá...

FELIC. (¡Dále con papá!)

MARC. Va usted á ayudarme á buscar á un bribón.

FELIC. ¿Á un bribón?

MARC. Sí, á un canalla que, porque le pisé, me insultó anoche en el paraiso del circo de Rivas.

FELIC. ¡Cómo! ¿Eras tú?

MARC. ¡Qué! ¿Usted lo sabe?

FELIC. No, no; ni una palabra. (¡Me he vendido!)

MARC. Me insultó ¡á mi! ¡á Marcial Cabanzón! ¡Mal cañonazo! Es preciso que yo encuentre á ese hombre...

DOL. Cálmate, Marcial, te lo ruego...

FELIC. Tiene razón, Dolores, Marcial, querido Marcial, cálmese usted... digo, cálmate.

MARC. ¡Jamás!... ¡Insultar á un coronel! Es decir, todavía no soy coronel, pero espero serlo, ¡y como si lo fuera! ¡Mal cañonazo! Nos batiremos y le mataré... palabra de honor...

FELIC. (¡Vá á ser imposible contenerle! ¡Si llega á salir el otro, la que se arma aquí!)

MARC. Le ví en la calle de Toledo, venía en el tranvia... me apeé de mi coche y esperé el tranvía siguiente. Llegó y subi. ¿Á dónde? me preguntó el cobrador.—Hasta donde se rueda.—Hasta Leganés.—Pues á Leganés.

FELIC. (Que es donde debias estar.)

MARC. Pero no tuve que andar tanto, porque al pasar cerca de aquí, le ví en la huerta de esta casa.

FELIC. ¿De esta casa? No lo creas.

MARC. ¿No? Estoy seguro: el abrigo gris no me ha engañado... ¿Dónde está? A ver, papá...

FELIC. ¡Ah! ¿No ha hablado usted de un abrigo gris?

MARC. Sí, señor...

FELIC. (Por fortuna no sale.) Pues le he visto, sí, señor, ha visitado esta casa, que se alquila; pero no le gustó, y se fué.

MARC. No es cierto; le habría yo visto salir...

FELIC. No, señor; porque salió por una puertecilla que hay en el jardin.

MARC. ¡Mal cañonazo! ¿Y á dónde fué?

FELIC. Á la fonda, á la fonda dijo que iba... justo... á almorzar...

MARC. Pues le sorprenderé, ¡vaya si le sorprenderé! Quédate aquí con tu padre... Vuelvo en seguida...

DOL. Pero Marcial...

FELIC. Déjale ir.

MARC. ¡Mal cañonazo! Antes de un cuarto de hora habré matado á ese hombré. (Vase.)

ESCENA IX.

DOLORES y FELICIANO.

FELIC. ¡Pero ese hombre es un tígre! No piensa más que en matar...

DOL. Papá, papá, yo no quiero que encuentre á ese caballero.

FELIC. Ni yo tampoco... Pero ¡Dios mío! Las once y media... Doña Estanislada debe estar echando lumbre por los ojos... ¿Sabes quién es el del abrigo gris? Pues Enrique.

DOL. ¿El marido de Pepita?

FELIC. Justamente. Y está ahí, en la casa, con tu hermana... Corre, corre á prevenirle... dile que huya... Yo no puedo detenerme, me voy á casar... digo no, en fin, ya te contaré... ¡Adios!

DOL. Pero, papá...

FELIC. Silencio, desgraciada... Yo no soy padre de nadie ¿lo entiendes? De nadie. (Se va corriendo.)

ESCENA X.

DOLORES y ENRIQUE.

DOL. No hay un minuto que perder. Mí esposo vendrá de un instante á otro, y...

ENR. (Midiendo.) La puerta uno con veinticinco... la escalinata un metro... dos metros...

DOL. ¡Caballero!

ENR. ¡La modista de mi mujer!

DOL. Tengo que hablar con usted...

ENR. ¿Conmigo? (¿La modista aqui? ¡Bah! ¡Bah! Este es un lío de mi suegro.)

DOL. Don Felíciano me ha encargado que le diga á usted que el señor del Paraiso está aquí!

ENR. ¡En Carabanchel? ¿Qué es lo que usted dice?
DOL. Y que le busca á usted para matarle.
ENR. ¿Sabe que estoy aquí?
DOL. Sí, señor...
ENR. Pero ese hombre es un bárbaro...
DOL. ¿Cómo bárbaro?
ENR. Un hotentote...
DOL. ¿Cómo hotentote?
ENR. Un cafre.
DOL. Ese hombre es mi marido...
ENR. (Lo acabé de arreglar.) Señora, no he querido ofenderle...
DOL. Ya lo he visto...
ENR. (¡Y á un hombre así se la pega mi suegro! No le creí con tantas agallas.)
DOL. Don Feliciano le suplica á usted que huya.
ENR. Ya lo creo, aunque no me lo suplicara.
DOL. Voy á prevenir á su esposa de usted. (Vase.)
ENR. ¡Debe estar muy excitado ese salvaje!... No, pues si me incomoda, no sabe él lo que yo soy... Soy capaz... de llevarle á los tribunales por persecución de menores, eso es, por persecución de menores, porque yo soy menor que él...
MARC. (Dentro.) Me han engañado... La digo á usted que me han engañado...
ENR. Ahí está, y quiere matarme. ¿Dónde me meteré?... En el invernadero, sí... (Entra y retrocede.) ¡Cáscaras, qué calor!
MARC. (Más cerca.) Ando por donde me da la gana.
ENR. Ya está ahí: no hay más remedio, me meto aunque me achicharre.

ESCENA XI.

ROSA y MARCIAL.

MARC. No había en toda la fonda ni un solo huésped.
ROSA. Caballero, ha pisado usted las flores.

MARC. ¿Y á mí que me importa?

ROSA. Á usted no; pero le importa á mi ama...

MARC. Mi suegro me ha engañado ..

ROSA. Vea usted; tampoco eso me importa á mí...

MARC. Por supuesto, él está aquí escondido... no me diga usted que no...

ROSA. Si no digo nada. (Este hombre está loco.)

MARC. ¿Quiere usted un duro... dos duros... tres duros... cuatro duros?

ROSA. Siga usted, siga usted, cuantos más mejor.

MARC. ¿Quiere usted cinco duros? Pues declare usted donde está ese hombre...

ROSA. ¿Cuál?

MARC. El del Paraiso...

ROSA. ¿Adan? Pues no hace poco que se murió...

MARC. ¡Vaya usted al demonio!... ¡Ah! Una puerta... ¿Á dónde conduce esta puerta?

ROSA. Á la cueva...

MARC. Ahí está él... ¡Cobarde! Lo he debido adivinar... ¡Ah! Le encontraré...

ROSA. Caballero, que eso está muy oscuro...

MARC. No importa: tengo cerillas... Si oyeras algún grito, no te asustes... Es que le estoy ahogando... (Entra en la cueva.)

ESCENA XII.

ROSA, después DOÑA ESTANISLADA, ÁNGELA y SERAFIN con trajes de boda y AGENTES DE ÓRDEN PÚBLICO.

ROSA. Indudablemente, ese hombre se ha escapado de Leganés. (Llaman.) Pero ¿quién llama de ese modo?

UNA VOZ. (Dentro.) ¡Abrid en nombre de la ley!

ROSA. ¡En nombre de la ley! ¡Dios mío! (Abre.)

ESTAN. Cerrad la puerta... Que no se deje salir á nadie; pero que se permita entrar á todo el que venga. Así se preparan las ratoneras ¿no es verdad, Serafin?

SERAFIN. Sí, mamá; pero es muy triste que el mismo día que uno se casa...

ANGELA. Es verdad.

ESTAN. El deber es lo primero... Tú te debes al país, hijo mío... Un vecino ha visto á un hombre escalar las tapias de esta huerta, y como los alrededores de Madrid están infestados de ladrones, ha ido á avisar al juez municipal de Carabanchel... El juez no está...

SERAFIN. No está nunca.

ESTAN. Pues bien; á tí, como secretario del juzgado, te toca hacer sus veces...

ANGELA. Pero podíamos habernos casado antes de venir...

ESTAN. Si don Feliciano hubiera sido puntual, cumpliendo con su obligación, ya lo estaríais... Pero, vamos á lo que importa. Por fortuna disponemos de fuerza: nuestros convidados cumplirán con sus deberes... (Los agentes asienten.) Es preciso empezar á instruir las diligencias. Serafin, empecemos...

SERAFIN. Pero, mamá...

ESTAN. Empecemos, Serafin.... Ahí tienes á la criada... Tómala declaración...

ANGELA. ¡Y yo que había compuesto un epitalamio tan bonito!

ESTAN. Anda, anda, activa el sumario...

SERAFIN. ¿Ha oido usted por casualidad?...

ESTAN. Quita de ahí... Acércate, muchacha. (Se acerca Rosa.) ¿Dónde está tu amo?

ROSA. ¿Querrá usted decir mi ama? Ha salido.

ESTAN. Naturalmente: el ladrón se ha aprovechado de su ausencia... ¿Ha visto usted saltar la tapia á algun hombre?

ROSA. Yo... le diré á usted... yo...

ESTAN. ¡Se turba! Un dato...

ROSA. Pues bien, no señora...

ESTAN. ¡Niega! Dos datos...

ROSA. Aunque mejor es decir la verdad: sí, señora, le he visto...

ESTAN. ¡Ahora afirma! Tres datos... Detenida, detenida... Ya tenemos el hilo... No me cabe duda: el ladrón está aquí dentro... Organicemos una batida... Vosotros (Á dos guardias.) Por allí... Vosotros (Á otros dos.) Por allá... Nosotros, á la casa... nos reservamos el puesto de más peligro... Andando... (Se van los guardias.)

SERAFIN. Lo cierto es que yo, mamá...

ESTAN. Serafin, adelante... Tu honor está ahí dentro...

SERAFIN. Pues no sé quién le puede haber traido ahí...

ANGELA. Serafin, no vayas.

ESTAN. ¿Por qué no?

ANGELA. ¿Y si encuentra al ladrón?

ESTAN. Mejor: le prenderá.

ANGELA. Pero puede suceder que el infame esté armado.

ESTAN. Es lo más probable...

ANGELA. Y puede matar á mi futuro... Mamá, yo no quiero que maten á mi futuro.

ESTAN. ¿Y si encuentra ahí una cruz?

SERAFIN. Si la encuentro la dejaré, porque no me la he de guardar...

ESTAN. Quise decir, una condecoración... En fin, lo primero es el deber... Pero no temas, Angela, si Serafin corre algún peligro, estaré á su lado...

ANGELA. ¿Y qué ganará con eso?

ESTAN. Basta; Serafin, adelante, si te atreves á seguirme: en cuanto á mí no será esta la primera captura... (Entra.)

SERAFIN. Adios, Ángela. (Voy temblando de miedo.) Lo que me sobra es valor.

ESCENA XIII.

ÁNGELA, después el BARÓN.

ANGELA. ¿Qué va á pasar ahí dentro? ¡Dios mio! Dame valor y salva á mi dulce amor!... Hago versos sin querer... ¡La inspiración!

BARON. (Sobre la tapia.) Á lo que parece no hay nadie...

ANGELA. ¡Dios mío! ¡El ladrón!

BARON. Me acercaré á la casa con precaución.

ANGELA. Á mí me va á dar mal...

BARON. (Viéndola.) ¡Ah! Una mujer... ¿Que hará aquí?... ¡Señorita!...

ANGELA. Atrás, atrás,

BARON. Suplico á usted que no se asuste.

ANGELA. (Y está bien vestido. Parece que hay ladrones muy elegantes.) No se acerque usted...

BARON. Deseo decirla...

ANGELA. Ni una palabra... Sé quién es usted...

BARON. ¿Sí?

ANGELA. Y sé á qué viene aquí...

BARON. Entonces...

ANGELA. No le recriminaré á usted: cada cual elige la profesión que prefiere: es cuestión de gustos.

BARON. ¿Qué dice usted?

ANGELA. No le pido á usted más que una cosa, que no haga daño á mi marido...

BARON. Si no le conozco siquiera...

ANGELA. Lo sé, lo sé; pero él ha venido aquí por usted...

BARON. ¿Por mí?

ANGELA. Cumple su deber, un deber penoso, es cierto; pero puedo asegurar á usted que personalmente no le quiere mal.

BARON. Lo creo; ¿por qué me ha de querer mal?

ANGELA. ¿Usted tendrá armas?

BARON. ¡Qué preguntas! Este rewólver de bolsillo.

ANGELA. ¿Un rewólver? (Es necesario que este hombre no encuentre á Serafín.)

BARON. Pero ¿de qué se sorprende usted?

ANGELA. Caballero, acaso me comprometo no denunciándole; pero ¿qué me importa? Ya que no queda otro recurso le suplico á usted que huya... que se vaya...

BARON. Si no deseo otra cosa... Gracias, señorita. Permítame usted que la estreche la mano...

ANGELA. (¿Mi mano á un bandido? Nunca. Pero todo por salvar

á Serafin.) Caballero, tome usted mis dos manos.

BARON. Gracias, y hasta la vista. Espero que nos volveremos á encontrar por el mundo.

ANGELA. ¿Por el mundo? ¡Qué audacia!

BARON. Pues ¿dónde quiere usted que nos encontremos? ¿En la luna?... Pero me voy á escape...

ANGELA. ¡Cielos! ¿por dónde va usted á salir?

BARON. Por la puerta. ¿Hay cosa más natural?

ANGELA. ¡Imposible! Está vigilada...

BARON. ¡Caracoles! Pero ¿qué pasa aquí?

ESTAN. (Dentro.) Vengan ustedes, vengan ustedes sin replicar...

ANGELA. ¡Dios mío, que vienen! Salga usted en seguida...

BARON. ¿Por dónde?

ANGELA. Por la tapia: por donde usted entró.

BARON. No tendré tiempo de saltar sin que me vean...

ANGELA. ¡Ya están aquí!

BARON. ¡Dios mío! (Se va corriendo por el jardín.)

ANGELA. He pactado con la hez de la sociedad... ¡Amor, á qué humillaciones obligas!

ESCENA XIV.

DICHOS, ESTANISLADA que trae sujeta á DOLORES, y SERAFÍN á PEPITA.

ESTAN. (Á Dolores.) No se haga usted de pencas.

ANGELA. (¡Mi hermana Dolores!)

DOL. Pero, señora...

ESTAN. ¡Silencio! Serafín, no sueltes á la cómplice.

SERAFIN. No, mamá... Venga usted. (Á Pepita.)

PEPITA. ¡Protesto!

ANGELA. (¡Y Pepita también, Dios mío!)

ESTAN. Perfectamente... Hemos encontrado á estas dos mujeres asustadas y temblorosas. La criada las ha reconocido... Tómalas declaración, Serafín.

SERAFIN. ¡Tomar declaraciones el dia de la boda!

PEPITA. ¡Ángela!

DOL. ¡Hermana mía!

ANGELA. (Rápidamente.) Apartaos, no nos conocemos...

ESTAN. ¿Qué es esto? ¿Conoces tú á estas mujeres?

ANGELA. ¿Yo? No las he visto en mi vida.

ESTAN. (Á Dolores.) ¿Qué hacia usted en esa casa? ¿Á qué ha venido usted á ella?

DOL. He venido con mi esposo...

ESTAN. El esposo es el ladrón... Escribe, Serafin... (Á Pepita.) ¿Y usted?

PEPITA. Yo también...

ESTAN. Ha venido también con el esposo de esta... Escribe...

PEPITA. Señora...

ESTAN. ¡Silencio! De modo que tenemos dos mujeres y un solo marido...

PEPITA. No, señora; dos mujeres y dos maridos...

ESTAN. ¡Ah! Luego son dos los ladrones... Escribe... ¿Ves cómo las voy haciendo cantar?

ESCENA XV.

DICHOS y ENRIQUE, á quien sacan DOS AGENTES del invernadero. Sale muy sofocado con la levita y el chaleco colgados del brazo.

AGENTE. Aquí está, aquí está; le hemos encontrado...

ENR. ¡Qué calor tan horrible! Creí que me asfixiaba ahí dentro.

PEPITA. ¡Mi marido!

ESTAN. Que nadie se mueva... ¡Su marido! Este es el ladrón .. le ha delatado ella misma.... ¿Con qué nos escondíamos en el invernadero?

ENR. Pero ¿qué significa esto? No entiendo una palabra...

ESTAN. ¡Tá, tá, tá! La canción de siempre... Si se les deja hablar dirán que son unos santos...

ENR. Señora, yo soy; es decir, he sido fiscal...

ESTAN. Si... habrá usted estado encargado de fiscalizar cuando abandonaban sus dueños las habitaciones que debían ser robadas...

ENR. He sido fiscal de los tribunales españoles...

ESTAN. ¡Tiene gracia este ladrón!

ENR. ¿Ladrón, yo?

ESTAN. Apunta, Serafin; apunta... usurpación de títulos...

ENR. Le repito á usted que he sido fiscal...

ESTAN. Bueno, pues muy pronto va usted á informar de nuevo ante el tribunal, sólo que esta vez lo hará desde el banquillo, cuestión de sitio... Eso importa poco. ¿Conoce usted á esta señora? (Por Dolores.)

ENR. Sí, es la modista de mi mujer.

ESTAN. ¡Ah, la modista! ¿Conque su señora de usted se permite el lujo de tener modista?

ESCENA XVI.

DICHOS y MARCIAL, sale de la cueva con el cuello levantado.

AGENTE. (Viéndole.) Otro, otro ladrón, Doña Estanislada...

MARC. Suélteme usted, ¡mal cañonazo! ¿No ve usted que me estoy muriendo de frio?

DOL. ¡Mi marido!

ESTAN. ¡Hola! Ya pareció el otro... (Le mira.) (Pues me parece que le he visto en otra parte.)

MARC. Pero ¿qué significa todo esto?... ¡Toma, si es doña Estanislada!... Veamos, ¿qué quiere usted de mí?

ESTAN. Ahora lo va usted á saber. ¿Conque usted, caballerito, es el marido de esta modista?

MARC. ¿Cómo modista? Dispense usted, usted se confunde: la modista es esta otra...

ENR. ¿Qué dice ese hombre?

MARC. El del Paraiso... (Se va á arrojar sobre él.)

ENR. Contengan ustedes á ese salvaje...

ESTAN. ¡Muy bien! Ya han declarado sus apodos ¡esta gente toda tiene apodos! El del Paraiso y el salvaje.. Dos fugados de presidio, sin duda... Escribe, Serafín, escribe...

MARC. ¡Mal cañonazo! ¿Que es lo que usted está barajando ahí? ¿No me conoce usted de sobra? ¿Ó es que quiere

vengar en mí el desaire que dió don Feliciano á su hijo?

ESTAN. ¿Desaire á mí hijo? Á usted sí que se le dió, y bien gordo...

MARC. ¿Á mí? Si soy yerno de don Feliciano Regordete.

ESTAN. ¿Cómo?

ENR. No le hagan ustedes caso: es un impostor: el yerno de don Feliciano Regordete soy yo.

ANGELA. (Estalló la bomba.)

ESTAN. ¿Y se atreven ustedes á mentir con tanto descaro? Aquí no hay más que un yerno de don Feliciano, y ese futuro, que es Serafín, mi hijo... que se casa con esta señorita.

ENR. ¡Cómo! ¿Casa usted á su hijo con Agapita, con una niñera?

ESTAN. ¿La niñera? (Serafín se acerca á Ángela.)

ANGELA. Serafín, no me preguntes nada; no puedo hablar...

ESTAN. Pero ¿se están ustedes burlando? Esta señorita es Ángela Regoderte, hija legítima y única de don Feliciano Regordete...

MARC. Ángela ó no... Pero, ven acá, y confunde á esta gente, ¿cómo se llama tu padre?

DOL. Feliciano Regordete... (Con desaliento.)

ENR. (Á Pepita.) ¿Y el tuyo?

PEPITA. Feliciano Regordete. (Id.)

MARC. Mi suegro es el fabricante de cerillas.

ENR. Y el mío también...

ESTAN. Y el padre de Ángela... ¡Dios mío! ¿De modo que resulta que ese hombre es un mónstruo y que tiene tres hijas?

ESCENA XVII.

DICHOS y EL BARÓN.

AGENTE. ¡Otro malhechor!

BARON. ¿Yo?

ESTAN. No lo niegue usted...

BARON. Señores, yo soy un enamorado, nada más.
ESTAN. ¿Y por qué se encontraba usted en este jardin?
BARON. Porque amo á la hija del dueño de esta finca... de don Feliciano...
MARC. ¡Mal cañonazo! ¿Á esta?
BARON. No, señor.
ENR. ¿Á esta?
BARON. Tampoco...
ESTAN. ¡Dios mío, Serafín, nos engañaba la pérfida! Tenía un amante... Porque la novia de usted tiene que ser esta...
BARON. ¡Quiá! No, señora; no es esa tampoco.
ESTAN. Entonces ¿cuál?

ESCENA XVIII.

DICHOS y CHARITO.

CHARITO. ¿Qué hace tanta gente en mi casa?
BARON. ¡Ah! Aquí está: esta señorita es á la que yo amo...
MARC. y ENR. ¡Una cuarta hija!
ESTAN. ¡Pero esto es espantoso! ¡Cuatro hijas! ¡Tiene cuatro hijas ese canalla!
CHARITO. ¿Quién?
ESTAN. ¡Don Feliciano!
CHARITO. Eso no es verdad... La hija de don Feliciano es esta.
ENR. Y esta que es mi esposa...
MARC. Y esta que lo es mía. ¡Mal cañonazo! ¿Sabré yo quien es mi suegro?...
CHARITO. ¡Ah, me ha engañado! ¡Me ha engañado!... ¡Mis nervios! ¡Mis nervios!... (*Cae desmayada en brazos del Barón.*)
BARON. ¡Señorita!... Se desmayó...
ESTAN. ¡Y me la presentó como una corresponsal suya!... ¡No estaba mala correspondencia!... ¿Pero está usted seguro de que esta señora es hija de don Feliciano?
BARON. Me lo ha dicho ella misma.

ESCENA XIX.

DICHOS y FELICIANO.

FELIC. No encuentro á esa gente por ninguna parte...
ESTAN. Aquí está...
FELIC. ¡Ah, gracias á Dios!
ESTAN. ¡Silencio!... Don Feliciano ¿esta señorita es su única hija de usted...
FELIC. Sí, señora ¿quien lo pone en duda?
MARC. ¿Esta señora es su única hija de usted?
FELIC. (¡Dios mío!) Si, si señor...
ENR. ¿Y esta otra?
FELIC. ¡También! Lo saben todo... Las tres, las tres son mis hijas únicas...
MARC. Conmigo no se juega... á Marcial Cabanzón no se le engaña... Esta tarde le enviaré á usted mis padrinos, y mañana temprano le mataré. ¡Mal cañonazo! Entre tanto, quédese usted con su hija; se la devuelvo...
FELIC. Muchas gracias, por todo.
DOL. Papá, se marcha...
FELIC. Ya lo veo.
DOL. ¡Ay! (Cae en sus brazos.)
ENR. Voy á entablar ahora mismo la demanda de divorcio. Le devuelvo á usted su hija.
FELIC. ¿También usted?
PEPITA. Papá, me abandona... ¡Ay! (Se desmaya.)
FELIC. Hija mía...
ESTAN. Una vez que Ángela no es hija única, recobro á mi niño... Vamos, Serafín...
SERAFIN. Pero, mamá...
ESTAN. Sin replicar. Vamos...
ANGELA. ¡Ay, mi corazón! Siento una opresión...
FELIC. ¡Y todavía hace versos! No te desmayes, Ángela, que ya no te queda sitio donde caer...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena, que se supone en Cádiz, representa el salón de equipajes de la Compañía Trasatlántica. Á la derecha una puerta con el siguiente letrero: *Despacho de equipajes*. Otro á la izquierda con éste: *Café*. Puerta al foro por la que se divisa el mar. Por todas partes fardos, baules y maletas

ESCENA PRIMERA.

UN INSPECTOR y CARGADORES de la Compañía con gorras de uniforme. Después EL BARÓN DEL SOTO y SERAFÍN.

Mucha animación. Viajeras y viajeros buscan sus equipajes. El Inspector dirige los trabajos.

VIAJERA. ¡Esto es horrible! Me voy á quejar á la Empresa... Justamente está allí un Inspector... ¡Caballero!

INSP. ¡Señora!

VIAJERA. Me han desfondado la caja del sombrero.

INSP. Es una desgracia...

VIAJERA. Bien, ¿y qué debo hacer?

INSP. Pues lo que usted guste, aunque lo que mejor me parece es que compre usted otra. (Se marcha.)

VIAJERA. Es muy atento. (Vase.)

CAB. Señor Inspector...

INSP. ¡Caballero!

CAB. No encuentro á mi mujer por ningún lado ¿dónde está mi mujer?

INSP. ¡Qué sé yo! Búsquela usted. (Se vuelve.)

CAB. ¡Qué fino!... ¡Dios mío! ¿Si la habré facturado como equipaje sin darme cuenta de ello? (Vase.)

INSP. (Á los cargadores.) Vamos, vamos, no dormirse, que tiene que salir el vapor dentro de una hora... ¡Caramba! Y hoy el día de más quehacer es cuando le dió la gana de despedirse á Florencio... ¡Ah! ¡José! (Llamando á uno.)

JOSE. Mande usted.

INSP. ¿No me digiste esta mañana que vendría hoy un compadre tuyo á reemplazar á Florencio?

JOSE. Sí, señor, y ya no puede tardar.

INSP. Pues que se ponga en cuanto llegue la blusa y la gorra de Florencio, que están ahí, y que os ayude.

JOSE. ¡Muy bien! (Vase.)

BARON. (Que entra mirando á todas partes.) Dispense usted, caballero... ¿Me hace usted el favor de decirme si está el nombre de don Feliciano Perogordo en la lista de pasajeros del *Pájaro*?

INSP. ¿Á mí que me cuenta usted? (Se vuelve.)

BARON. Mil gracias... ¡Qué complaciente!

SERAFIN. (Entrando.) Seguramente los tengo que encontrar aquí... Una pregunta, señor Inspector ¿sabe usted si se ha embarcado don Feliciano?

INSP. ¿También usted?... Pues puede usted entenderse con aquel caballero...

SERAFIN. ¿Con cuál? (El Inspector se ha ido.) ¿Eh?

BARON. ¡El futuro de Ángela!

SERAFIN. ¡El amante de Charito! ¿Qué hace usted aquí?

BARON. Busco á Charito: supe que había salido para Cádiz con don Feliciano, y he corrido tras ella; ¡aunque no sea más que para darla el último adios!

SERAFIN. ¡Ay, amigo mío! Lo mismo he venido á hacer yo res-

pecto á Ángela... Mamá, viéndome morir de melancolía, me dijo antes de ayer: vete á Valdemoro á casa de mi cuñado: pescarás en el Jarama y eso te consolará... porque ha de saber usted que yo soy un gran pescador de caña...

BARON. Sí, sí; no me sorprende. (Como que es oficio de tontos.)

SERAFIN. Pero fuí, y ¿qué hice? Pues saqué los piés de las alforjas, y en lugar de ir á Valdemoro he venido á Cádiz...

BARON. ¡Vaya una calaverada! ¿Y ha encontrado usted á Ángela?

SERAFIN. No, señor; ni á Ángela, ni á Charito, ni á don Feliciano, ni á nadie...

BARON. Ni yo tampoco; y es raro... ¿Dónde estarán?

SERAFIN. Yo creo que en alguna parte... digo, en alguna fonda; pero hay tantas en Cádiz!

BARON. Sin embargo, es preciso buscar á esa gente.

SERAFIN. Lo mismo opino yo...

BARON. Pues nada; usted por un lado, y yo por otro; y con ellos ó sin ellos, aquí dentro de veinte minutos...

SERAFIN. Me parece muy bien.

BARON. Pues hasta luégo. (Vase.)

SERAFIN. Hasta luégo. (Si mamá supiera la clase de pez que estoy tratando de pescar.) (Vase.)

ESCENA II.

ÁNGELA y FELICIANO, salen del despacho de equipajes.

FELIC. Comprendido. Dentro de un cuarto de hora volveré á buscar el talón... Vamos, Ángela...

ANGELA. Ya voy, papá, ya voy; resignada como la víctima que camina al sacrificio...

FELIC. Déjate de tonterías, Ángela... Sabes que por mis ne-

gocios tengo que ir á Cuba. ¿Querías que te dejara sola en Madrid?

ANGELA. Sola, no señor; con Serafin...

FELIC. Así hubiera sido posible; ¿deseaba yo otra cosa? Pero aquella maldita Doña Estanislada! ¡Si tuviera que volver á verla, me moría de miedo!... Pero, consuélate, hija, no llores; mira que me has dado una noche en el wagon del ferro-carril...

ANGELA. Le he inundado con mis lágrimas.

FELIC. Cosa muy fea por cierto: la empresa no tiene la culpa de tus pesares, y has debido respetar su material .. En fin, no hay por qué apurarse tanto: al cabo tus hermanas quedan con sus maridos, y nosotros partiremos pronto para la Habana.

ANGELA. ¡La Habana! ¡Qué léjos!... ¡Cuánta agua salada entre Serafin y yo!...

FELIC. Salada ó dulce es lo mismo: no te la habías de poder beber toda...

ANGELA. ¡Quién sabe!... Pero ¡ay! se agotarán mis lágrimas...

FELIC. No; mujer, no se agotarán... Por lo que puedo juzgar debes tener un depósito como el de Lozoya.

ANGELA. Papá, no comprendes mi dolor.

FELIC. Sí, hija, sí, le comprendo... Ahora que no participo de él... ¡Ah! ¿Has metido en la maleta mis navajas de afeitar?

ANGELA. Sí, papá... (Con repugnancia.)

FELIC. Es que en todo el camino, desde aquí á la Habana, mil seiscentas leguas, no se encuentra una sola peluquería.

ANGELA. He exhalado mi dolor en versos sáficos... adónicos... Tres cantos, papá...

FELIC. Bueno, los llevaré al barco como lastre.

ANGELA. ¡Tristezas del corazón!

«Á los suspiros de la brisa errante
responderá tal vez el eco dulce;
á los que lanza dolorido el pecho
nadie responde.»

FELIC. Pero ¿esos son versos, muchacha?

ANGELA. Sí, señor.

FELIC. ¡Pues maldito si me han caido en copla!

ANGELA. ¡Oh, el mar inmenso! ¡El Océano! Solo pensando en él me mareo, papá...

FELIC. Pues no pienses: cosa más fácil...

ANGELA. Y luego América... Ya me veo perdida en las selvas vírgenes... entre indios antropófagos, desnudos y pintarrajados...

FELIC. Pero, mujer, si en Cuba no hay nada de eso... Mira, cuando estés allá vas á alegrarte mucho de haber ido, porque tengo la seguridad de que te casarás en seguida.

ANGELA. ¡Jamás! No me hará olvidar á Serafin ningún hombre de este mundo.

FELIC. Pero es que se trata de un hombre del otro; del nuevo.

ANGELA. Es lo mismo. Créeme, papá, agotaré mis lágrimas...

FELIC. Ya te he dicho que no hay cuidado, y que no te debes inquietar por eso: además, si las agotas te prestaré yo algunas...

ANGELA. América, ya te odio...

FELIC. Pues no sé por qué: nada te ha hecho...

ANGELA. América, ya te odio, te detesto...

FELIC. Lo cual la tendrá sin cuidado; aunque se lo digas en verso... Vamos, Ángela, sé razonable y vuelve á reunirte con Charito que está sola en el camarote del vapor... Conoces mis proyectos... Por Dios, no los destruyas... Conque vete, que luégo me reuniré con vosotras.

ANGELA. Á tu amor sacrifico el mio...

FELIC. Bien, bien, muchísimas gracias; pero vete.

ANGELA. ¡Si pudiera beber el mar de un sorbo!

FELIC. Canastos, apenas necesitarias estómago! (Vase Angela.) Vaya, al cabo salí menos mal del lance de Carabanchel... Al día siguiente me atreví á presentarme á Charito, tembloroso y pálido... muy pálido... como

que acababa de beber un cuartillo de vinagre... La pinté mi amor con los más vivos colores, y me tendí á sus piés... me tendí, esta es la palabra... Cuando me vió Charito en posicion tan humilde é incómoda, no pudo menos de sonreirse... Su ronrisa pregonaba mi triunfo... Además la recordé que me debia la vida, y decidió hacerme el más feliz de los hombres... Me ama, no me cabe duda... no se atreve á decírmelo claramente, por pudor; pero me adora, y la prueba es que me ha permitido que la tutee, y que está á bordo del *Pájaro*, dispuesta á ir en mi compañía á Cuba, donde nos casaremos... ¡Qué felicidad!... Por mis hijas no tengo que apurarme: allá se las compondrán con sus maridos, á cuyas respectivas casas las remití como si fueran fardos de cajas de cerillas... (Coge la gorra que está sobre un fardo.) Hombre es cómodo esto.., Siento no haberme hecho una gorra así para el viaje, porque este lienzo debe resguardar bien del sol... (Se la pone.)

ESCENA III.

FELICIANO y ESTANISLADA.

ESTAN. (Entrando.) ¿Será tiempo todavía?

FELIC. ¡Doña Estanislada! ¡Jesucristo!

ESTAN. Me informaré...

FELIC. (De fijo me viene buscando; hay que completar la ilusión) (Se pone la blusa.)

ESTAN. ¡Ah! Un empleado... Diga usted, ¿á qué hora sale el *Pájaro*?

FELIC. (Sin volverse, haciendo que trabaja y con acento andaluz.) ¿El *Pájaro*? Á las cuatro de la tarde...

ESTAN. Pues si me han dicho que á las doce...

FELIC. (No me ha conocido.) Pues la han engañado á usted... Todavía tiene usted tiempo de ver Cádiz, que es muy bonito... ¡Ah, y no deje usted de visitar la Carraca!...

ESTAN. ¡Buena carraca vengo yo buscando!

FELIC. Y pruebe usted la pescadilla, que es cosa buena... y no deje usted de tomar unas cañas...

ESTAN. ¿Quiere usted guardarse sus consejos?

FELIC. (Si yo pudiera escurrirme sin que me viera la cara.)

ESTAN. ¡Ah! ¿Sabe usted si hay entre los pasajeros del vapor uno llamado Regordete?

FELIC. (Ya pareció aquello.) No, señora; no lo sé, pero tengo así como una idea de que ese señor Regordete se fué en el correo pasado...

ESTAN. ¿Cómo? Recuerde usted bien: él es uno que tiene cara de imbécil...

FELIC. (¡Habrá bruja!) No, no; pues éste que yo digo no la tenía.

ESTAN. Pero ¿cuándo salió el correo pasado?

FELIC. Hace diez dias.

ESTAN. ¡Ah! Entonces, no: el canalla que yo busco...

FELIC. (¡Vaya unas flores que me echa!)

ESTAN. Estaba en Madríd hace cinco, y debe embarcarse hoy... Le encontraré, y le sacaré los ojos...

FELIC. (¡Vírgen Santísima, si me reconoce!)

INSP. ¡Hola, ya veo alli al compadre de José!... (Á Feliciano.) ¿Qué hace usted ahí mano sobre mano?

FELIC. ¿Yo?

INSP. Á trabajar, á trabajar...

FELIC. Pero, hombre...

INSP. ¿Cree usted que se gana así el jornal?

FELIC. Pero caballero... (Le lleva á la fuerza.)

ESCENA IV.

ESTANISLADA, luego ENRIQUE y MARCIAL.

ESTAN. Cuidado, que suceden cosas raras... Cuando fuí antes de ayer á la fonda en que vive el barón del Soto para entregarle la carta en que le recomiendan á mi Serafin, me pasó el camarero á su cuarto, y ¡páf! me tro-

pecé de manos á boca con la fotografía del novio de la cuarta hija de don Feliciano, que resultó luego que no era otro que el mismo barón... Su ayuda de cámara, hábilmente interrogado por mí, me confesó en seguida que su amo había salido para Cádiz persiguiendo á una mujer, y un rayo de luz iluminó mi mente... Salí á escape... Escribí en seguida á Marcial y á Enrique citándolos para este lugar... y aqui estoy... Son las once... Puntualidad cronométrica... Pero ¿vendrán ellos?

MARC. (Dentro.) Por aquí, Enrique, me han dicho que es por aquí...

ESTAN. Ahí están... (Entran.) Adelante, señores; veo que son ustedes puntuales.

ENR. No hemos hecho más que llegar á Cádiz, dejar á nuestras esposas en la fonda, y venir...

MARC. ¡Mal cañonazo! ¿Y á qué este viaje? ¿de qué se trata?

ESTAN. De nuestra felicidad... ¿Quiere usted ser coronel?

MARC. ¡Ya debería serlo!...

ESTAN. ¿Desea usted que le repongan?

ENR. ¡No lo he de desear!

ESTAN. Pues si ustedes quieren ayudarme, usted será coronel, usted fiscal y mi Serafin inspector...

MARC. ¿Y que hay que hacer?

ENR. Veamos...

ESTAN. Don Feliciano tiene una cuarta hija...

MARC. Cosa que mi mujer ignoraba...

ENR. Y la mía: pero ¡claro! si ella es cubana...

MARC. Y como don Feliciano pasó parte de su juventud en América.

ESTAN. El caso es que la tiene... Pues bien, vamos á fundar una sociedad anónima para explotar la cuarta hija de don Feliciano...

ENR. ¿Eh?

MARC. ¡Mal cañonazo! ¿Qué es lo que usted se propone?

ESTAN. Una cosa muy sencilla: el barón del Soto está enamorado de la cuarta hija de don Feliciano, y es preci-

so que se case con ella... El barón pertenece á una de las mejores familias de Madrid, y el día que entre en la nuestra, usted será coronel...

MARC. No, no; que no me haga más que comandante por ahora: no quiero que digan los compañeros que abuso de mi influencia...

ESTAN. Eso es cuenta de usted... (Á Enrique.) Usted será fiscal y mi Serafin inspector.

MARC. ¡Mal cañonazo! ¡Hay que casarle á escape!

ENR. Inmediatamente.

ESTAN. Ahora bien: el barón está enamorado de Charito, según declaró él mismo el otro día, y esto ya es algo; pero no basta para dar seguridades de que se piense casar con ella... Estos jóvenes á la moda... En fin, ya me entienden ustedes... Yo también he sido muchacha...

MARC. (¡Parece mentira!)

ESTAN. De modo que tenemos que pensar en dos cosas: primera en decidir al Barón á casarse: segunda, en obligar á don Feliciano á que apruebe ese matrimonio...

MARC. ¡Mal cañonazo! ¡Qué golpe de vista tiene usted!

ENR. ¡Y qué penetración tan sutíl!

ESTAN. Gracias, amigos míos; veo que saben ustedes apreciarme... Conque el barón está aquí en Cádiz, y don Feliciano también... Manos á la obra...

MARC. Mande usted; la obedeceré como al jefe del escuadrón...

ENR. Y yo como al presidente de sala... (Se dan las manos.)

ESTAN. ¡Unidos!

MARC. ¡Unidos!

ENR. ¡Unidos!

ESCENA V.

DICHOS y el BARÓN.

BARON. No la encuentro por ninguna parte.

ESTAN. ¡Ah! Hé aquí al barón. Comencemos por él... Don Feliciano vendrá luégo...

MARC. ¡Adelante!

ENR. ¡Y buena suerte!

MARC. ¡Caballero!

BARON. (Asombrado.) ¡Hombre!

ENR. ¡Caballero!

BARON. (Más asombrado.) ¡Hombre!

ESTAN. ¡Señor Barón!

BARON. (Con mayor asombro.) ¡Hombre!

ESTAN. No; dispense usted: yo soy mujer...

BARON. Sí, ya lo veo; pero es que me asombro de volver á ver á ustedes reunidos...

ESTAN. ¡Ah! Según eso ¿nos ha reconocido usted?

BARON. Naturalmente. En cuatro días no han variado ustedes nada...

ESTAN. ¿Y se acuerda usted aun de que en un instante de aturdimiento le tomé por un ladrón?

BARON. ¡No he de acordarme!

ESTAN. Perdóneme usted, señor barón.

MARC. Si, perdónela usted, señor barón.

ENR. Señor barón, haga usted el favor de perdonarla.

BARON. No necesitan ustedes suplicarme tanto; ya lo está...

ESTAN. Gracias, caballero... Ahora (Á Marcial y Enrique.) cumplamos con nuestro deber...

BARON. Bien, pues cumplan ustedes, y hasta la vista...

ESTAN. Señor barón, no nos abandone usted...

MARC. Escuche usted á esta señora un minuto...

ENR. Nada más que un minuto.

BARON. Corriente. (¿Que me querrán estos tipos?)

ESTAN. Señor barón, es preciso declarárselo á usted: Charito sufre...

BARON. ¡Qué! ¿Está enferma?

ESTAN. ¡Ojalá!

MARC. ¡Ojalá!

ENR. ¡Ojalá!

BARON. (¡Qué bárbaros!) Explíquense ustedes.

ESTAN. Charito es víctima de una pasión que la llevará á la tumba, pasión en mal hora inspirada por un joven de grandes prendas...

MARC. Guapo...

ENR. Rico...

ESTAN. Elegante...

MARC. Distinguido...

ENR. Generoso...

BARON. ¡Basta! ¡Basta!

ESTAN. Y ese joven, señor barón, es usted...

BARON. ¿Yo?

MARC. ¡Usted!

ENR. ¡Usted!

BARON. ¿Es posible? ¡Qué felicidad!

ESTAN. (Ya es nuestro.) ¡Si hubiera usted visto llorar anoche á la pobrecita!...

BARON. ¿Lloraba?

MARC. Más que una Magdalena...

ENR. Mucho más.

ESTAN. No hacía otra cosa que nombrarle á usted, y sollozar... ¡nos conmovió á todos!

MARC. Hasta yo, un capitán de caballería, que debía ser ya coronel, lloré como un niño.

ENR. Yo estoy enternecido todavía...

BARON. Á mí también se me saltan las lágrimas... (Lloran los cuatro.)

ESTAN. No consienta usted que se muera Charito...

BARON. ¡Quiá! ¿Qué he de consentir? Lo prohibo terminantemente...

ESTAN. (Transición brusca.) Bueno ¿y cuando se casarán ustedes?

BARON. ¿Quiénes?

MARC. Charito y usted...

BARON. ¡Ah! Veremos... veremos... Yo la adoro, como ustedes saben; pero no puedo comprometerme así de sopetón á...

ESTAN. Le advierto á usted que don Feliciano es muy rico...

MARC. Poderoso...

ENR. Archimillonario...

BARON. ¿De veras?

ESTAN. Tiene fábricas de cerillas en todas las capitales de Europa...

MARC. Y de América...

ENR. Y de África...

BARON. (Eso es distinto.) ¿Y creen ustedes que me concederá la mano de su hija?

ESTAN. Si nosotros apoyamos la pretensión de usted...

MARC. Como pensamos apoyarla...

ENR. Como la apoyaremos...

BARON. Gracias, gracias...

ESTAN. Ante todo, la salud de nuestra querida Charito, á quien, de no casarse con usted, veremos pronto muerta...

MARC. ¡Difunta!

ENR. ¡Cadáver!

BARON. ¿Quién había de presumir que me amaba tanto?

ESTAN. Es muy disimulada... Ahora, lo que conviene por de pronto, es impedir su viaje á Cuba...

BARON. Es verdad.

MARC. Pida usted en seguida su mano...

BARON. ¿Aquí?

ESTAN. Para pedir cualquier sitio es bueno; para dar son malos todos.

BARON. Pero...

ESTAN. ¿La ama usted?

BARON. Con todo mi corazón...

FELIC. (Dentro.) Déjenme ustedes en paz...

ESTAN. Ahí está don Feliciano... Nosotros le prepararemos á usted el camino... Déjenos usted con él...

BARON. Con mucho gusto. (Se va.)

ESCENA VI.

DICHOS, menos BARÓN y FELICIANO.

ESTAN. Esto marcha viento en popa... Ahora á convencer á don Feliciano... Le meteremos miedo, que es el gran sistema...

MARC. Sí, sí, mucho miedo. ¡Mal cañonazo!

ENR. Aquí está... (Se retiran los tres.)

FELIC. ¡Caracoles! Por huir de esa maldita vieja he tenido que cargar con un baúl... ¡Vaya! ¡Vaya! ¿Dónde está mi sombrero? ¡Ah! Donde le dejé. (Se le pone.) Voy á recoger mi talón, y en seguida á bordo... Y luego que pregunte por mí doña Estanislada. (Se dirige al despacho de equipajes y le sale al encuentro doña Estanislada.)

ESTAN. ¡Alto!

FELIC. ¡Dios mío! (Va á huir por el otro lado.)

ENR. ¡Alto!

FELIC. ¡Vírgen Santísima! (Se dirige al foro.)

MARC. ¡Alto!

FELIC. ¡Los tres!... ¡Me tienen sitiado! Dispénsenme ustedes; pero tengo mucha prisa...

MARC. ¡Mal cañonazo! No se sale...

FELIC. Si vuelvo en seguida...

ENR. Tiene usted que ajustar una cuenta con la justicia...

MARC. Eso es, con la justicia...

ENR. Declaración falsa... Previsto en el Código penal... Cinco años de presidio...

FELIC. ¡Cinco años! Pues es una friolera...

ESTAN. Además, tiene usted otra cuenta que arreglar conmigo... Es necesario que pague usted á mi Serafin daños y perjuicios, y á mí las cantidades que adelanté con motivo de ese matrimonio...

ENR. Frustrado...

ESTAN. Eso es... Aquí traigo la cuenta... Oiga usted... Primero, por un traje nuevo para Serafin... mil quinientos reales...

FELIC. ¡Caracoles!

MARC. ¿Cree usted que el hijo de esta señora ha ido á comprar el traje á una prendería?

FELIC. No, hombre, no...

ESTAN. ¡Y como él viste! continuo: Segundo, mi equipaje... Como es natural, yo aprovechaba la ocasión para equiparme, ocho mil reales...

FELIC. Pero, señora, ¿yo qué tengo que ver con eso?

MARC. ¡Silencio!

ESTAN. Tercera, la comida preparada que no se sirvió.. mi reales...

FELIC. Pero eso no se perdió. ¿Dónde está?

ESTAN. Pues me la tuve que comer yo toda, caballero...

FELIC. ¿Y no la hizo á usted daño?

ESTAN. Ya lo creo...

FELIC. (¡Lástima!)

ESTAN. Tuve una indigestión...

ENR. Circunstancia agravante.

ESTAN. Como era natural, llamé al médico... Aquí está su cuenta: cuatro visitas á cuarenta reales, ciento sesenta reales... De medicamentos mil reales...

FELIC. ¡Mil reales!

ESTAN. Mi médico es un hombre eminente, que no receta más que medicamentos caros, porque tiene por principio que los baratos no curan...

ENR. Y es verdad...

FELIC. Ni los caros tampoco... Bueno. ¿Y el total de todo eso?

ESTAN. Treinta y dos mil reales, veintiun céntimos...

FELIC. ¡Treinta y dos mil reales!

MARC. ¡Una bagatela!

FELIC. Pues si es bagatela, págala tú...

ESTAN. Le advierto á usted que en esa cantidad no están incluidos los veinte mil reales que tiene usted que dar á mi hijo como indemnización por los perjuicios que le ha causado la ruptura de ese matrimonio...

FELIC. ¡Perjuicios! ¿Qué perjuicios?

MARC. ¿Quién le dice á usted que no habrá alguno que dude

de su moralidad?

FELIC. ¿Y quién te dice á tí que le habrá?

ENR. Esos perjuicios los estima el interesado...

FELIC. ¡Dios mio! Cinco años de presidio... Más de tres mil duros de daños y perjuicios, señora, usted está loca y vosotros dos también estais locos... Esto no puede ser; estoy seguro de que no puede ser...

ENR. Bueno, bueno; ya lo decidirán los tribunales.

MARC. Eso es, y por de pronto, yo voy á dar parte al gobernador para que no le permita á usted emprender el viaje que proyecta...

FELIC. Detente, hombre, detente...

ESTAN. Aún se puede arreglar todo de una manera amigable.

MARC. Es verdad...

ENR. Le ofrecemos á usted el terreno de la conciliación...

FELIC. ¿Á cuánto el pié? ¡Ah! Díspensen ustedes; la costumbre de los negocios... Pero bueno; me conviene ese terreno... Hablen ustedes.

ESTAN. Don Feliciano, echaremos un velo sobre lo pasado; lo olvidaremos todo, y permitiré que mi Serafin se case con Ángela, con una sola y única condición: la de que conceda usted la mano de su cuarta hija á un pretendiente que la hemos escogido...

MARC. Un caballero en toda la extensión de la palabra...

ENR. Nada menos que barón del Soto...

FELIC. ¿Mi cuarta hija? Pero si yo no tengo más que tres...

ENR. Nada de negativas inútiles...

FELIC. Les juro á ustedes...

ESTAN. Nada de juramentos: nos consta que tiene usted cuatro hijas...

FELIC. ¿Qué les consta á ustedes?... Pero, Dios mio ¿y cómo yo no lo sé?

MARC. No se haga usted el tonto; porque todos sabemos que Charito...

FELIC. ¡Ah, Charito! ¿Creen ustedes?

ESTAN. No creemos nada; lo sabemos todo.

FELIC. ¿De modo qué es la mano de Charito la que ustedes

me piden?

MARC. Precisamente.

FELIC. ¿Me permiten ustedes reflexionar un instante?

ESTAN. Con mucho gusto.

FELIC. (Si les digo la verdad impedirán mi viaje á Cuba, mientras que dejándoles en su error, y, aplazando esa boda que proponen, me dejarán libre... Feliciano, no es posible dudar: una mentira más ¿qué importa al mundo?) Señores, no tengo inconveniente en acceder á la petición de ustedes...

ESTAN. ¡Oh, satisfacción!

MARC. Querido suegro, es usted un hombre...

FELIC. Sí, señor, desde que nací...

ESTAN. Pues una vez que el novio está ahí esperando la respuesta de usted, no se la haremos esperar más tiempo...

FELIC. Pero qué, ¿está en Cádiz el barón del Soto?

ESTAN. Sí, señor...

FELIC. (¡Virgen Santísima!)

ESTAN. Conque, ea, vamos á darle la grata noticia... Sígame usted, don Feliciano...

FELIC. Sí, señora; con mucho gusto... (Como si me llevaras al patíbulo.) (Vánse.)

MARC. ¡Hemos triunfado!... Pase usted, señor fiscal...

ENR. Muchas gracias, señor coronel. (Salen.)

ESCENA VII.

ÁNGELA, después SERAFIN.

ANGELA. ¡El mar! ¿Y qué es el mar? Agua, mucha agua, que sube y baja, que se acerca y huye; una charca sin ranas y con peces, y un estanque sin patos y con buques. Estoy completamente mareada... Todo da vueltas á mi alrededor... ¡Vírgen Santa! ¿qué va á sucederme cuando me halle en alta mar?

SERAFIN. (Entrando.) No lo encuentro por ninguna parte: he recorrido todas las fondas de Cádiz... y nada... Pero

¿qué miro?... Allí está... (Presentándose.) Ángela, mi querida Ángela...

ANGELA. ¡Cómo! Serafin ¿es usted?

SERAFIN. Sí, yo mismo, ¡qué dicha volver á verla á usted!

ANGELA. Por Dios, no grite usted así, que me hiere usted los oidos...

SERAFIN. ¿Es posible que me reciba usted con esa frialdad?... ¡Qué desgraciado soy!

ANGELA. No grite usted, Serafin, se lo suplico; y sobre todo, no baile usted...

SERAFIN. ¡Buenas ganas tengo yo de bailar!...

ANGELA. ¿Por qué da usted vueltas á mi alrededor?

SERAFIN. ¿Yo?... Pero está usted muy pálida ¿qué la pasa á usted?

ANGELA. Nada, nada...

SERAFIN. No sabe usted, Ángela, lo que he sido capaz de hacer por verla á usted hoy... He desobedecido á mi mamá... Yo debía estar ahora en la orilla del río pescando con caña...

ANGELA. Vamos, sí, y ha preferido usted venir á la orilla del mar á pescar con red... pero...

SERAFIN. Además, estoy dispuesto á sacrificarme por usted... pídame usted lo que quiera: todo me parecerá fácil...

ANGELA. Gracias, Serafin.

SERAFIN. Veamos, ¿que exige usted de mí?

ANGELA. Un vaso de agua...

SERAFIN. ¿Cómo?

ANGELA. Con azucarillo...

SERAFIN. ¿Qué dice usted?

ANGELA. Y unas gotas de azahar.

SERAFIN. Pero es que yo no tengo agua...

ANGELA. Entonces ¿por qué me dijo usted que le pidiese lo que yo quisiera?... Vamos, ha querido usted engañarme una vez más!

SERAFIN. No, Ángela... ¡Ah! Allí está el café... Venga usted conmigo...

ANGELA. ¡Cómo! Yo no puedo ir al café con un hombre solte-

ro... ¡No! No puedo... de ningún modo...

SERAFIN. Entonces...

ANGELA. Sin embargo, necesito beber agua con azucarillo... lo necesito... ¡Serafin, vamos al café!... ¡He triunfado de las preocupaciones sociales! (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

ESTANISLADA, FELICIANO, el BARÓN, MARCIAL y ENRIQUE.

BARON. ¡Ah! Don Feliciano me ha hecho usted el hombre más dichoso de la tierra.

FELIC. Me alegro mucho...

BARON. Querido padre... ¿Me permite usted que le llame padre?

FELIC. Sí, hombre, sí; ¿por qué no? (Precisamente me están saliendo hijos por todos lados; conque por uno más...)

BARON. Gracias, don Feliciano...

FELIC. ¡Ah! Debo advertir que he consentido en este enlace en el supuesto de que no repugne á Charito...

BARON. Naturalmente...

ESTAN. Nadie le pide á usted imposibles...

MARC. Pero es preciso consultar inmediatamente la voluntad de la niña...

FELIC. ¿Para qué? ¿Qué prisa corre? Yo no pienso salir de Cádiz hasta dentro de diez días...

BARON. ¿No se va usted en el *Pájaro*?

FELIC. No, señor... De suerte que si Charito acepta esta boda, tengo tiempo de dejarlos á ustedes casados.

ESTAN. Es verdad...

FELIC. (Me salvé.) Conque les espero á todos ustedes á comer esta tarde conmigo...

MARC. Perfectamente; y de paso arreglaremos el negocio.

FELIC. Justo. (¡Ya os daré yo el arreglo! Dentro de diez minutos estaré en alta mar.) Conque, señores...

ESCENA IX.

DICHOS y CHARITO.

CHARITO. ¡Don Feliciano! ¡Don Feliciano!
FELIC. (¡Charito! ¡Me partió por el eje!)
ESTAN. Señorita, no puede usted llegar más oportunamente...
CHARITO. ¿Yo?
BARON. Sí, sí; venga usted...
CHARITO. ¡Cómo! ¿usted en Cádiz?
MARC. Vamos, don Feliciano ¿á que perder tiempo?
ENR. Efectivamente: ponga usted en autos á Charito...
FELIC. ¿En este sitio? No me parece el más apropósito para...
ESTAN. ¿Qué mas da?
CHARITO. Pero ¿de qué se trata?
BARON. Ahora lo va usted á saber... Don Feliciano...
FELIC. Sí, sí... puesto que ustedes se empeñan... (¡Qué compromiso!) Charito, se trata de tu porvenir...
CHARITO. ¿De mi porvenir?
FELIC. Sí... (La verdad es que no arriesgo nada, porque va á rechazar la propuesta con indignación.)
ESTAN. Continúe usted...
FELIC. (¡Maldita vieja!) Este caballero, el barón del Soto... me ha pedido tu mano...
CHARITO. ¿Mi mano?... ¿Le habrá contestado negativamente?...
BARON. No, señora...
CHARITO. ¿No?
FELIC. (Esto va perfectamente.) Yo le he dicho que no quería disponer de ella sin consultarte...
CHARITO. ¡Cómo! ¿Y me permite que diga libremente?...
FELIC. Sí...
CHARITO. (Abrazándole.) ¡Ah, don Feliciano, que bueno es! ¡Que generoso!
FELIC. ¿Que dices?
ESTAN. Esto marcha...
MARC. La victoria es nuestra...

ENR. Ganaremos el pleito...

CHARITO. ¡Que penetración tiene! Ha adivinado mis sentimientos más ocultos.

FELIC. ¿Que he adivinado? ¿Yo?... ¿Qué sentimientos son esos?

CHARITO. Querido Barón, al fin, puedo explicarme con toda sinceridad... Querido Barón, desligada de todo compromiso, puedo decirle que le amo.

FELIC. ¡Le ama!

CHARITO. Charito ¡soy feliz!

FELIC. ¡Es feliz!

ESTAN. ¡Todo ha salido á pedir de boca!

FELIC. ¡Ira de Dios! (Al Barón.) ¿Quiere usted no manosearla tanto? (Á Charito) Charito ¿olvida usted que ha prometido ser mi esposa?

TODOS. ¡Su esposa!

ESTAN. ¡Se quiere casar con su hija!

FELIC. Responda usted, Charito...

CHARITO. Pero ¿no me devolvió mi palabra?

FELIC. Sí, señora; pero creí que usted no la recibiría... puesto que usted me amaba...

CHARITO. ¿Yo? ¡Jamás! Me iba á casar con usted por pagarle una deuda de gratitud...

FELIC. ¿Nada más que por eso?

CHARITO. Nada más... Le debo la vida...

ESTAN. ¡Vaya una novedad! Todo hijo se la debe á su padre...

FELIC. ¡Que me ha de deber usted la vida ni nada!

CHARITO. ¿No?

FELIC. No, señora; el día de la catástrofe tuve bastante que hacer con salvar la mía... Á usted la sacó del mar un caballero que, por lo visto, andaba desocupado!

CHARITO. ¡Cuánto me alegro no deberle nada!

ESTAN. Pero entendámonos. Esta señorita ¿no es hija de usted?

FELIC. ¡Qué ha de ser! No lo ha sido nunca...

MARC. ¿Pero sabremos de una vez para siempre cuántas hijas tiene usted?

FELIC. Tres, tres; nada más que tres...

ESTAN. ¡Es un canalla! Nos ha estafado de nuevo... Le advierto á usted que recobro á mi Serafin...

MARC. ¡Mal cañonazo! ¡Jugar conmigo, conmigo! con Marcial Cabanzón... Nos batiremos, no hay más, nos batiremos...

FELIC. ¿Todavía?

ENR. Los tribunales le darán á usted su merecido. (Se oye una campana; un silbato; el ruido de un vapor que se pone en marcha.)

FELIC. ¡Dios mío! Se marcha «El Pájaro»... y lleva á Ángela... ¡Eh! Capitán, pare usted, pare usted... ¡Ángela sola en la Habana! ¿Qué va á ser de ella?

ESCENA X.

DICHOS, ÁNGELA y SERAFIN.

ANGELA. Papá, papá, estoy aquí...

ESTAN. ¡Cómo! ¡Mi hijo!

SERAF. ¡Perdón, mamá!

FELIC. ¿Dónde estabas?

ANGELA. En el café.

FELIC. ¿En el café! ¡Y con Serafin! ¡Pues no me faltaba más que esto!

ESTAN. ¿Así pescas tú con caña?

FELIC. No, señora; así pesca... sin caña... ¿Para cuándo guarda Dios los rayos?

ESCENA XI.

DICHOS, PEPITA y DOLORES.

PEPITA y DOL. (Corriendo.) ¡Papá! ¡Papá!

FELIC. ¿También vosotras?

DOL. ¡Gracias á Dios que te encontramos!

PEPITA. Han traido al hotel este telegrama para tí...

FELÍC. ¿Un telegrama? De seguro una nueva desgracia... Á

ver... (Lee.) «Habana ofrecen fábrica cerillas cincuenta mil duros prima. Juan.»

ESTAN. MARC. y ENR. ¡Cincuenta mil duros!

FELIC. Que regalo á mis hijas... á las tres. ¡Oh, querido papá!

MARC. Después de todo es una buena persona.

ENR. ¡Excelente!

ESTAN. Don Feliciano, ese rasgo me ha conmovido; le devuelvo á usted á mi Serafin...

FELIC. Gracias... ¡Vayan al diablo Cuba y los cubanos y las cubanas!... ¡Todo para mis hijas, que decididamente no son ni más ni ménos que tres!

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.